

UNO
A
SESGO



Joselito el "Gallo"



497+ 250

3

JOSELITO EL "GALLO"

Obras taurómacas del autor

El primer torero Lagartijo.

Dramas del toreo.

Recortes y Galleos.

Necrología taurina.

Los Reyes del toreo.

Almanaque del toreo para 1911.

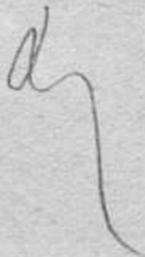
El arte de ver los toros.

Los crímenes del «gallismo».

Chistes taurinos.

Joselito.

Joselito el «Gallo».



UNO AL SESGO

Joselito el "GALLO"

SU VIDA

SU ARTE

SU MUERTE

Edición definitiva, ilustrada con numerosas fotografías



LIBRERÍA GRANADA

BARCELONA

1920

ES PROPIEDAD

COSTA, IMPRESOR ; ASALTO, 45.—BARCELONA

*Al muy estimado y distinguido
amigo D. Adolfo Riquelme y Sán-
chez, gran aficionado a la fiesta es-
pañola, cofrade en «gallismo», como
testimonio de una simpatía muy
sincera.*

EL AUTOR

Barcelona, Mayo de 1920.

A MODO DE INTRODUCCION

La historia del toreo, para aquellos a quienes su afición a la lectura les ha hecho conocerla a fondo, se me figura que les ha de parecer así como una larguísima cordillera en la que abunden los picos, crestas y collados; aquellos, picos y crestas, de diversas elevaciones, pero de los cuales tres, se destacan por encima de todos, aunque no a una misma altura.

Son esas tres cumbres Francisco Montes *Paquiro*, Rafael Guerra *Guerrita* y José Gómez Ortega.

Y cosa rara: nada más parecido que el modo de ser, el carácter, de esos tres hombres.

A base de voluntad, de amor a su profesión, de firmeza, se elevaron cada uno en su época por encima de cuantos los rodeaban.

Otros había acaso con más arte que ellos, con más gracia, mayor valentía, que ejecutaban mejor esta o aquella suerte; pero quien, como cualquiera de los tres, sumase las aptitudes físicas a las de la inteligencia, y todo ello a una afición, a una pasión dominadora por su oficio, ninguno.

Leyendo detalles biográficos de Montes, en lo que al hombre respecta, el concepto que de sí tenía, la autoridad de que se revestía en la plaza para con sus subalternos y hasta compañeros, cree uno estar leyendo la historia de *Guerrita* o *Joselito el Gallo*.

Los tres transformaron el toreo de sus tiempos respectivos; los tres despojaron al espectáculo de su aspecto trágico, y dieron la impresión de una facilidad, de una seguridad, que no existía más que en la for-

ma de torear, puesto que de la exposición que tales maestros corrieron, son prueba los repetidos perances, de los que no les libró ni su saber ni sus facultades; y esa es la mejor demostración de que supieron y quisieron afrontar los riesgos.

Atrevido es hacer la afirmación de cuál de los tres rayó más alto; pero yo me atrevo a afirmar que Joselito el *Gallo*.

Numerosos son los aficionados que quedan todavía a los que les es posible evocar la figura del espada cordobés en la plaza, y comparar su labor con la del gran torero sevillano que acabamos de perder. Haga la comparación desapasionadamente y diga en qué momento de la lidia superaba *Guerrita* a Joselito. En casi ninguno, por no decir en ninguno. Si ha visto un número de tardes seguidas a cada uno, recuerde a cuál le ha visto realizar más grandes faenas con la muleta, quién ha toreado de capa mejor y mayor número de toros; y así de lo demás.

Creo que ha llegado el momento de reconocerlo. Con *Gallito* ha desaparecido el más estupendo de los toreros nacidos y poco probable es que el que ha de ocupar su puesto en la tauromaquia le iguale en méritos y condiciones.

Existen, ciertamente, hoy mismo, diestros que valen muchísimo, y algunos como Juan Belmonte que puede codearse con las figuras más preeminentes del toreo, en esta y en cualquier época. Gaona, Sánchez Mejías, Chicuelo...

Pero, ¿se le ocurre siquiera al aficionado que cualquiera de esos y algunos otros, puedan substituir a José?

Tardes habrá, momentos en esas tardes, que no ya Juan Belmonte, que es un coloso como torero, sino cualquier diestro de esos en que fundamos esperanzas, nos haga olvidar al maestro desaparecido; pero será una tarde, será un momento de esa tarde.

El que en todas y en todos nos divertía, y en aquellas en que peor estaba sólo podían decir que había toreado «para la galería», como censura, «los buenos aficionados», a ese no se le ve substituto por ningún lado. ¡Y es natural!

De Montes a *Guerrita* pasaron cuarenta años; de *Guerrita* a Joselito, trece; sería mucho exigir que ahora mismo saliese el continuador de este último que superó a *Guerrita* y a Montes.

Como es muy posible que aun queden rescoldos de pasión, tal vez mis aseveraciones se crean efecto de un partidismo que, póstumo, sería una insensatez.

Explicable que en días de lucha, el *gallismo* y el *belmontismo* recurriesen a la mala fe inclusive, impulsados por un entusiasmo, que cualesquiera que sean sus efectos, encuentro muy digno de estímulo, puesto que de él se nutre la fiesta; pero que eso ocurra ahora me parecería absurdo.

El advenimiento de Joselito al toreo, hay que reconocerlo, trajo consigo un trastorno, llevó a cabo tal revolución, que casi tiene justificación, ya que no el encono, la severidad con que algunos elementos del *bombismo* le han perseguido hasta su muerte.

La retirada de Ricardo Torres Reina de los toros, fué culpa imperdonable de *Gallito* para esos *bombistas*.

No hay que decir lo que fué Ricardo Torres en el toreo, por qué lo fué y cómo lo fué. Todo ello, por lo reciente, vive aún en el recuerdo del aficionado. Para mi objeto me basta con afirmar que *Bombita*, adueñado de los públicos por un arte que no era precisamente el arte toreando, sino el arte de dominar a los toros a fuerza de valor, de facultades y de inteligencia, había llegado a ese punto en que, si no colmadas, satisfechas en gran parte sus aspiraciones, tanto de dinero como de gloria, comprendió que si aquél le era todavía posible ganarlo, ésta, la gloria, di-

fácilmente podría aumentarla ; y hasta con dificultad también sostenerse en el puesto alcanzado, ya que superarse a sí mismo no le era fácil y más bien habría de descender, pues de las tres grandes cualidades que le acabo de reconocer, dos, con toda certeza, ya no podrían acompañarle en toda su integridad en la lucha : a las facultades y al valor me refiero, porque si los músculos se desgastan y relajan con el tiempo, también al corazón mejor templado los golpes lo ablandan, y el de *Bombita* no podía ser una excepción.

A todo esto, Rafael *el Gallo*, esperanza para la afición durante años y años, había logrado definitivamente colocarse ; su toreo, de una belleza imprevista, de una variedad desconcertante, siempre nuevo y siempre gracioso, acabó por imponerse, y no es que de allí naciera una competencia, sino que los gustos del público tomaron otro derrotero, y cansado ya del que por largas temporadas monopolizó su atención, volvió los ojos hacia aquel otro astro, que era un aspecto nuevo en el arte de lidiar toros.

El mismo *Bombita*, con una ingenuidad que es digna de encomio, me decía una tarde en la Maisón Dorée, de Barcelona, que de regreso de México había ido a torear a Valencia, de cuyo público había sido el torero mimado.

—Hice—habla Ricardo—aquella tarde lo que siempre, y lo que siempre me habían aplaudido con entusiasmo me lo aplaudieron entonces con tibieza. ¿Pero qué pasa?, me decía yo mohino, hasta el punto de que ya no pude contenerme y le pregunté a un amigo de barrera a qué se podía atribuir aquella frialdad del público conmigo. «Es que tú no sabes, me contestó, lo que aquí ha hecho *el Gallo* toreando con *Pepete* últimamente.»

Lo ocurrido en Valencia es lo que luego pasó en Madrid, en Barcelona, en Sevilla, en todos lados.

¿Volubilidad del público?

La psicología de ese consabido «monstruo» no es mi tema en estos momentos, en que me limito a apuntar hechos.

Aparece Joselito, viene la temporada de 1913, y Joselito se manifiesta torero del mismo estilo y condiciones de *Bombita*; pero que, además, torea, y no en esto únicamente aventaja al otro, sino también en ser más copioso, más variado su repertorio, más conocedor de su profesión, excelentísimo banderillero y más breve, ya que no mejor, matador, pues ni uno ni otro como buenos estoqueadores pasarán a la historia.

Tampoco quiero hablar de competencias ni de *baños*, porque no es mi objeto avivar enconos ni hago obra partidista: relato lo que tengo por verdad, y al lector sensato me dirijo, no en defensa de nadie, como no sea del buen sentido que yo creo atropellado por una desatentada campaña, en la que con insidias torpes y procedimientos no siempre confesables se quiere extraviar a la opinión.

Terminó la temporada de 1913, y Ricardo Torres, que en ella tuvo tardes, muchas tardes, en que reverdeció sus antiguos lauros, se despidió de la profesión con todos los honores.

¿Echado por los *Gallos*?

Procediendo como un sabio.

Rico, mermadas sus facultadas, muy probado su valor, se le avecinaba un período de lucha desigual, y optó prudentemente por evadirla.

Más pronto o más tarde ¿hizo otra cosa que repetir la historia de todos los grandes toreros, mejor dicho estaría, de todos los grandes artistas?

De detrás empujan, y los de delante acaban por apartarse y dejar el paso libre a los que vienen con vigor y bríos.

Esto, que todos lo saben, que todos lo piensan,

¿cómo lo ignoraban unos cuantos más *bombistas* que el *Bomba*?

¿*Bombistas* he dicho?

Bombistas, pero no del torero, que si por el modo de torear de Ricardo lo hubieran sido, en *joselistas* se habrían transformado, ya que en el *Gallito*, reproducido y muy mejorado, mejoradísimo, se continuaban el arte, las maneras, todo, de aquel excelente lidiador como quizás no se haya dado jamás el caso de igual parecido en dos diestros consecutivos.

Lo que una vez más prueba el valor y consistencia de las escuelas en tauromaquia, dicho sea de paso y para no dejar escapar la ocasión. José, discípulo de su hermano Rafael, a quien se parecía no era a éste, sino a Ricardo Torres Reina.

Pues bien; una parte del *bombismo* fué *antijoselista* a «ultranza».

Manera de ser *antijoselista*, era ser *belmontista*.

De Juan Belmonte he dicho en otro lugar (1), y perdone el que leyere la autocita, lo que en éste viene como anillo al dedo:

«Belmonte es, además de Belmonte, quiero decir, además de un lidiador excepcional ejecutante maravilloso y emocionante de varios lances, el anti-Gallo. Apareció en plena apoteosis gallista, cuando ya llegaba a su ocaso el sol de *Bombita*, y en él saludaron los *bombistas* al vengador, porque para éstos Ricardo Torres no desapareció de la arena por natural descenso de sus facultades o por cálculo de hombre que ve sus aspiraciones colmadas, sino echado por un toreo de *pegolete* y *trinchera*: ¡el toreo de Rafael Gomez *el Gallo*!

»Y se reproduce en la historia por segunda vez, y con mayores agravantes todavía, el caso que se dió en las postrimerías de *Lagartijo*, de que los partidarios de este torero engrosaran las filas del *espartismo* y se pusieran frente a *Guerrita*, que era, en al-

(1) *Los Reyes del Torero*.

go, el continuador del toreo del gran Rafael, mientras que el «pobrecito» Manuel nada tenía que ver con el fundador de la «solera» cordobesa. Esta vez los partidarios de *Bombita* se hacen belmontistas!!! y son antijoselistas no obstante ser el toreo de José aumentado, corregido y mejorado, el mismo de Ricardo Torres, por lo menos en lo que a su base se refiere.

»Con el partido *bombista*, que es de donde han surgido los más furibundos belmontistas, y con los miles más, etc., etc.»

¿Tuvo tiempo José, especialmente José de los dos hermanos, de romper las hostilidades contra Belmonte, cuando apenas aperecido éste, ya el *bombismo* y el *belmontismo*, es decir, el *antigallismo*, se lo colocaron en frente, retador y en son de guerra?

Como el enemigo no era un loco ni un indocumentado, sino todo un *fenómeno* de hecho y de derecho, los *Gallos*, diríase mejor el *gallismo*, le concedió beligerancia, y José y Juan, uno frente al otro, en el terreno profesional, colocados quedaron.

Aquí sería curioso indagar la parte que en esas luchas, en esas contiendas, en esos antagonismos, que con el nombre de competencias tantos momentos de entusiasmo han proporcionado al espectáculo en todos los tiempos, han tomado los protagonistas, los verdaderos actores, los propios competidores, en una palabra.

Y no estaría de más tampoco averiguar la razón de ser de tales competencias.

Pedro Romero contra *Costillares* y *Pepe-Hillo*, pase. Eran las escuelas rondeña y sevillana, que entonces acababan de nacer y existían en pugna. Entre *Cúchares* y Redondo concebible es todavía la lucha; más que dos escuelas, ya entonces en el comienzo de su fusión eran dos temperamentos los que combatían. En el *Tato* y el *Gordito* es la enemistad la que

los lleva a la pelea, azuzados por un lado por sus propios banderilleros, el *Cuco* a la cabeza, y por sus partidarios por otro.

Lagartijo y *Frascuero* no compiten. Desde su primer encuentro en las corridas del Corpus de Granada de 1868, segunda tarde, en que empieza una brega que había de durar veinte años, uno en él otro ve un estímulo, y ambos hacen cuanto pueden y saben, convencidos los dos de que cada cual está en su puesto y que de él no hay quien lo mueva. El público, dividido en dos bandos, es el que se empeña en que tal competencia exista; el público, que gusta ver espoleadas sus pasiones, es el que crea la quimera de esos antagonismos, y con el mejor deseo los fomenta, los irrita, cuando no basta el chisme, con la calumnia que uno inventa y todos propalan.

Eso ocurría ayer, eso se repite luego. José y Juan no tenían por qué competir ni por su gusto lo hicieron, convencidos de la esterilidad de un esfuerzo tras del cual Belmonte era Belmonte y Joselito Joselito. Pero detrás de ellos estaban sus partidos; con esos partidos uno y otro tenían compromisos contraídos, deudas de gratitud, y el amor propio exigía no defraudarlos en absoluto... y la competencia persistió... y trajo sus consecuencias.

Si el hombre no fuera tan vulnerable a la adulación y al halago, y el que lo tiene se rigiera por su criterio, ¡cuántas cosas feas unas, inútiles otras, perjudiciales muchas, dejarían de hacer los mimados de la fortuna, sean toreros o rentistas!

Pero como el hombre es vulnerable a la adulación y no es el adulator el mejor consejero, de ahí que se entablen en ocasiones competencias sin objetivo práctico para los combatientes, algo de lo que les pasa a los gallos de pelea; pero con gran beneficio para lo que llamamos antonomásicamente «la afición», que

si no se apasionara, que si no se dividiera en bandos, languidecería y hasta correría riesgo de muerte.

No combato, pues, las competencias, ni por estériles que sean para los fines inmediatos a que parecen destinadas al aceptarlas como un *match* entre pugilistas o corredores, o cualquier otro ejercicio o *sport* en que el *record* es batible, cosa que en el toreo no puede ser ni aun *handicapeando* (*sic*) a los diestros, no las censuro. Me parecen un elemento estimulante, de suma importancia para caldear los ánimos, y todo lo que venga a acrecer el entusiasmo de los taurófilos lo encuentro muy bien.

Desviar ese entusiasmo y ponerlo en cosas ajenas al toreo, aunque a los toreros se refieran, ya no se me antoja tan bien.

Difamar al hombre para perjudicar al artista, tratar de ponerlo en evidencia o en ridículo, y no siempre por sus actos auténticos, sino por los que les atribuye la enemiga, el rencor o la envidia, eso ya lo encuentro absolutamente canallesco, y hasta ese punto no creo lícito que deba llegar la oficiosidad, el cariño, el entusiasmo, el interés o lo que sea, del partidista.

Ridículo, y nada más que ridículo me parece, verbigracia, que unos cuantos revisteros, queriendo disfrazar su fobia con un respeto a la tradición, a la pureza taurómacas, pretendieren probar que Joselito el Gallo no sabía torear. ¿Se quiere tontería más grande, mayor ridiculez? Crítico ha habido que cuando Joselito el Gallo toreaba de rodillas, descubrió que así se evitaba el riesgo; que si lo hacía en el tercio, en los medios lo debía hacer, olvidando o ignorando él y sin fijarse los que le seguían que no se torea en el terreno que el capricho de un revistero señala, sino en aquel que el toro lo consiente, y que precisamente una de las demostraciones de saber que un torero

pueda dar es la de ejecutar las suertes en el terreno más propicio.

Pero no ha parado ahí la cosa.

El *rondeñismo* fué el Cristo desenterrado y sacado a relucir en estas circunstancias y juntamente con el *clasicismo* está haciendo su camino sin que salga a atajárselo el buen sentido, pues ni existe tal «escuela rondeña» hace ya muchos años, ni el «clasicismo» ha podido ser nunca escuela en tauromaquia.

Hablar de rondeñismo, de clasicismo, es hablar en camelo, y camelo tan grande como el de esas célebres danzas antiguas y también clásicas de las que hay hoy especialistas. Reconstituir un baile de hace dos mil años por una actitud de bailarina dibujada o esculpida es, por lo menos, tan formidable labor como la de un Cuvier, y no creo yo que los Cuvieres coreográficos vayan a porrillo por ahí.

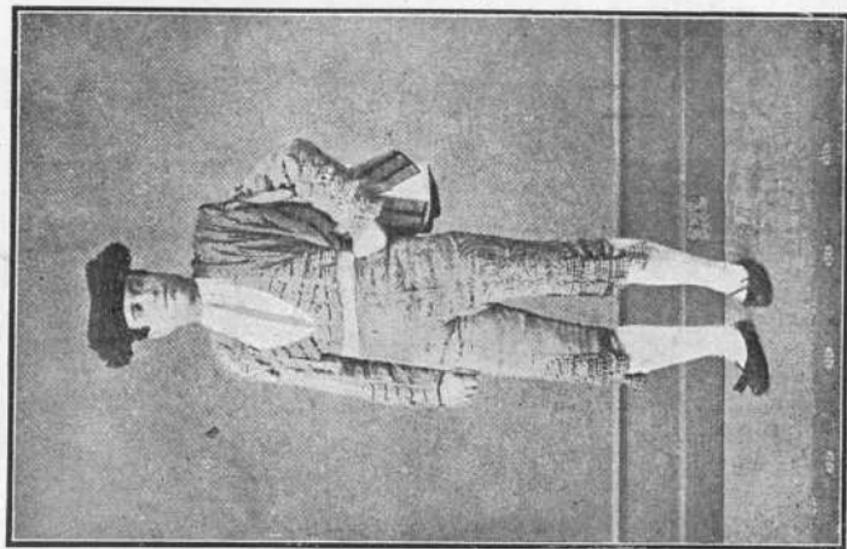
Ríase el lector, se lo ruego, cuando le hablen de rondeñismos y clasicismos. El toreo no puede estar sujeto a escuelas.

Hubo un momento, aquel en que la tauromaquia de deporte se convirtió en profesión, en el cual pudo suponerse que las dos tendencias que inmediatamente se manifestaron habían de transformarse en dos escuelas. Recuerde el aficionado que casi al mismo tiempo que Francisco Romero, auxiliar de caballeros en las fiestas de toros que por entonces se celebraban, se convertía en lidiador profesional sobre la base de las enseñanzas que su secundario papel en el coso le habían proporcionado, aparecía Manuel Bellón *el Africano* con un toreo intuitivo, indisciplinado, en el que todo era lícito con tal que hubiera gallardía, habilidad, gracia, valentía; toreo que sin duda nació en el sorteo de reses en el campo y que no se atenía a reglas y principios.

Para los diestros de Ronda persistía la limitación que su antiguo oficio de auxiliares les imponía,

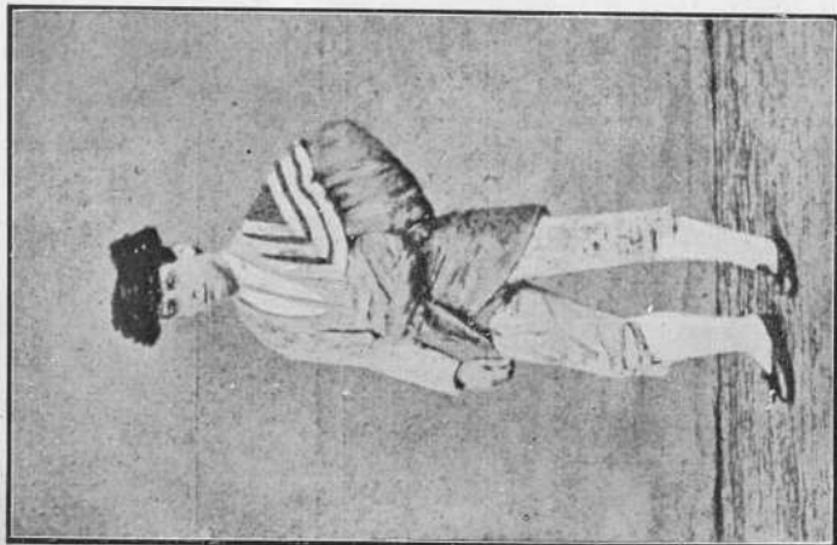
(*Izquierda.*)

José Gómez García,
Primer Gallo, Tío de
Joselito.



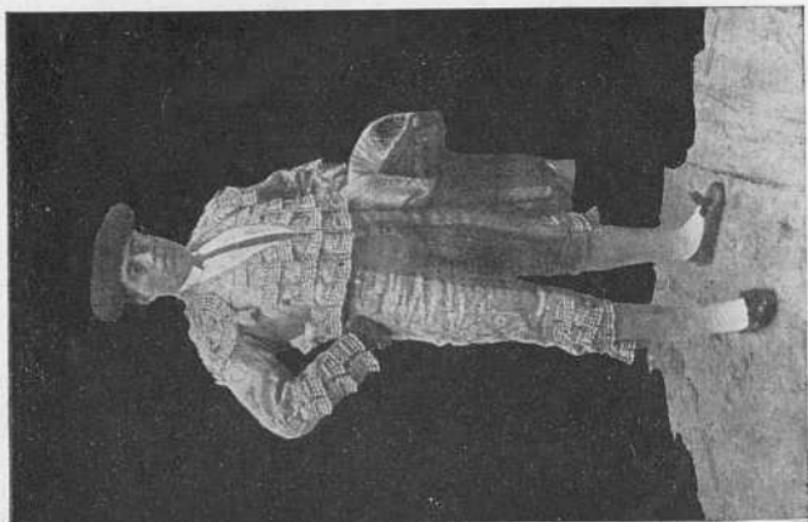
(*Derecha.*)

Fernando Gómez Gar-
cía, Segundo Gallo,
Padre de Joselito.



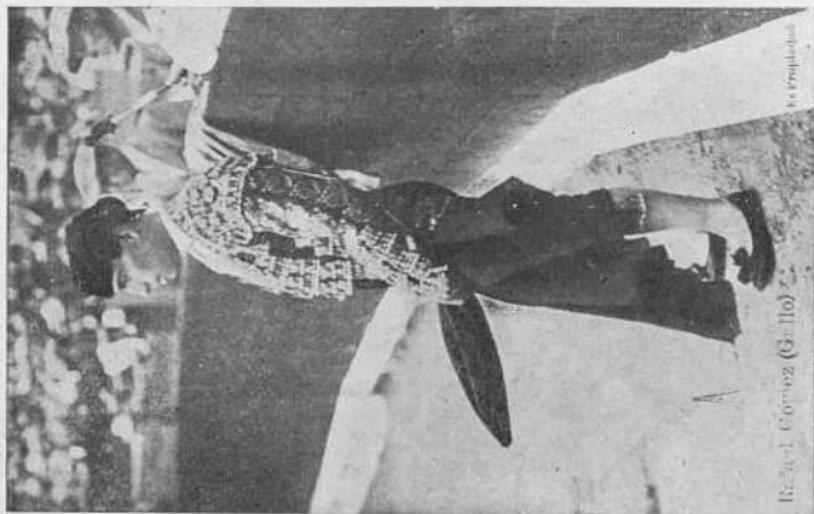
(Izquierda.)

Rafael Gómez Orte-
ga. Tercer Gallo.

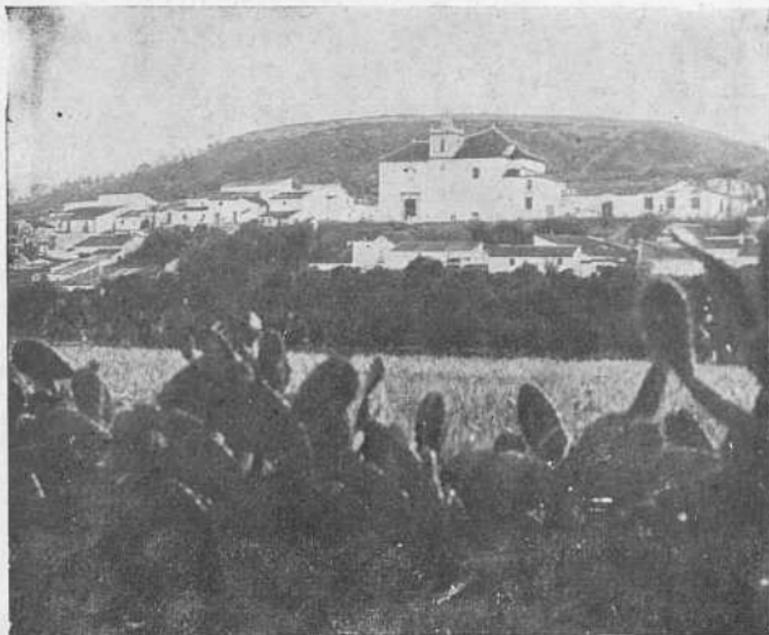


(Derecha.)

Fernando Gómez Or-
tega. Cuarto Gallo.
Hermanos de Joselito



Rafael Gómez Ortega (Gallo)



Gelves. Pueblo donde nació *Gallito*.



Rafael, José y Fernando yendo a torear.



Joselito el *Gallo* en 1910.

hasta el punto de que, habiendo adoptado para matar toros la suerte de *recibir*, res que no se prestaba a ello no había manera de estoquearla, siendo preciso que viniera *Costillares* a discurrir lo que Mahoma pensara mil años antes, que «cuando la montaña no viene a nosotros», etc., e INVENTÓ (!) la estocada a volapié.

Pasadas esas figuras, poco a poco las dos escuelas se van fundiendo y el arte de torear ensanchándose, hasta que con Francisco Montes sufre la transformación completa, y en lo sucesivo no hay ya ni rastros de las dos tendencias, hasta tal extremo la fusión es absoluta.

Si hay rondeños, Manuel Domínguez, *Bocanegra*, y algún otro se llaman tales, lo son *a fortiori*; falta de ligereza, de facultades, de elasticidad, de gracia, les obliga a defenderse con una seriedad que antes, como ahora, no es del gusto de la afición. Esa es la fija.

Tan fija como hablar de escuelas es una tontería.

Que un torero pare o se mueva, he dicho antes de ahora, que sea sobrio o copioso, que se adorne o que no lo haga, depende únicamente de su temperamento, de sus facultades, de lo más o menos «que le haya entrado el toreo en la cabeza», y en modo alguno de la enseñanza recibida, ni mucho menos de la disciplina impuesta.

En los tiempos en que una y otra enseñanza y disciplina tratábase de inculcar; en los principios de la tauromaquia, y cuando eso de las escuelas podía tener algún valor, discípulo tan allegado a Pedro Romero como su propio hermano Gaspar, porque a ello le obligaba su temperamento, era «sevillano» en su modo de torear.

Montes, el gran *Paquiro*, que recibió lecciones del propio pontífice de la «escuela rondeña», señor Pedro Romero, todo el mundo sabe que fué no tan sólo partidario de los lances de adorno, sino que una ver-

dadera notabilidad en los «galleos», de los que tenía un repertorio variado; que en la «verónica» (invención del sevillano *Costillares*) era sobresaliente; que ejecutaba con maestría la suerte de «frente por detrás» (invención del sevillano *Pepe-Hillo*), y la «suerte al costado», la casi «gaonera» de hoy; que saltaba con la «garrocha», al «trascuerno», etc.; que enriquecía la lidia con detalles vistosos, hasta el extremo de que Teófilo Gautier cuenta en su *Viaje por España* que la tarde que le vió torear en Málaga, aquella tarde en que se jugó precisamente el toro «Pajarito», al que el gran escritor francés llama «Napoleón», las señoras se dirigían al torero de Chiclana y le pedían que hiciera por ellas «alguna cosita», y la «cosita» era hecha galantemente y con general aplauso.

Francisco Montes, como todos los grandes lidiadores antes y después de él, practicaba la escuela que él fundó, que no diremos que fuese la «chiclanera», porque inmediatamente detrás de él, salido de su misma cuadrilla, banderillero suyo predilecto, vino José Redondo, que siendo igualmente de Chiclana, y el *Chiclanero* de apodo, ya defirió de su maestro en el modo de torear. ¡ Como que tenía otro temperamento y otras facultades !

Cúchares, discípulo de la Escuela de tauromaquia de Sevilla, y que, por lo tanto, recibió las lecciones de Pedro Romero también, fué un torero atrabiliario, que mixtificó todas las suertes, y con gran defensa para él, lo hacía todo y en todo lograba entusiasmar al público.

Sus grandes recursos, su intuición, su vista, su picardía, no eran ni sevillanos ni rondeños: eran cosas suyas, peculiarísimas, y con ellas se fué al otro mundo.

Con *Lagartijo* quiso en su tiempo dar origen a una cuarta o quinta escuela: la escuela cordobesa.

Pero apareció *Guerrita*, cordobés también y diestro excepcional igualmente, ¿y cómo afirmar que *Guerrita* fuese el continuador de *Lagartijo*, al lado del cual había aprendido mucho, sin embargo?

Con muy buen acuerdo, la escuela se convirtió en «solera cordobesa», y en eso ha quedado, aunque por el camino que lleva hasta eso va también a desaparecer.

Ríase el lector de las escuelas, se lo vuelvo a suplicar, y cuando ciertos revisteros saquen el metro, el compás, la escuadra y demás instrumental preciso para sus críticas, háganme el favor de decirles que el espectáculo nuestro no tiene antes ni después.

Los toros son una fiesta cuyo único fin es divertir a la concurrencia dándole la sensación de la tragedia, inminente siempre y siempre alejada, y cuanto con más guapeza, con más gallardía y más gracia y arte esa sensación se dé, tanto mayor es el mérito del diestro. Después de esa sensación ya no queda nada.

Es decir, sí que queda : quedan las tabarras técnico-insidiosas, de que Dios nos libre, y yo te aconsejo a ti, lector, que te libres, por lo menos, si las leyes, no haciéndolas caso.

Pero, en fin, habíamos dicho antes que todo esto era simplemente ridículo, y en eso estamos.

Sánchez de Neira, no sabiendo ya qué criticarle al Guerra, le criticó en una ocasión el que se dejara coger por un toro. ¿Se dejara?... El que un toro le cogiera sin dejarse él.

Después ha sido un mérito el poder ostentar muchas cornadas en el cuerpo, y más tarde todavía, sobre eso, sobre las cornadas, se han fundado la nueva «escuela rondeña emocionante», de tanta aceptación en estos momentos.

Todo es circunstancial en la vida.

De buena o de mala fe, como sea, esa forma de ata-

car a un diestro, ridícula o pueril, grave o trascendente, está en su punto, puede emplearse si al artista, y en el ejercicio de su profesión, es lo que se censura; y aunque la pasión, la inquina, asome la oreja, nadie es tan dueño de sus sentimientos que sea capaz de conducirlos siempre por el camino de la razón y de la justicia. La ecuanimidad, más que una virtud de real y positiva existencia, es una aspiración humana; otro tanto ocurre con la imparcialidad. Por lo mismo yo ni las exijo en los otros ni las reclamo en mí: ser sincero es lo único que me preocupa y es lo único que pediría a los demás.

Pero volvamos al punto de partida, y perdone el lector esta digresión, que, algo más fuerte que yo, me ha hecho colar «inadvertidamente» en estas páginas, cuando hablábamos... ¿de qué hablábamos?... Ah, sí, de la competencia entre Joselito y Juan!

El partido bombista se trasladó íntegro a Belmonte, y claro que sin él también Juan habría triunfado, pero por lo menos hay que agradecerle a los antigallistas el que aceleraran ese triunfo y contribuyeran a una exaltación a prueba de embates, que atraviesa los años y ni mengua ni se entibia... por lo menos mientras Joselito ha durado en el toreo, que muchas de las consideraciones de que ha gozado Juan desaparecerán tal vez con la desaparición de *Gallito*, y acaso no tarde en presentarse el que sca para él lo que él ha sido para el otro; que así son de tornadizos los públicos y no es el mérito del artista lo único que tienen en cuenta para emitir su fallo; y mucho menos para los que los llevan y los traen a su antojo, gracias a la influencia que las circunstancias les dan sobre ellos, es bastante a evitar e impedir una mudanza radical de criterio ese pudor que tantas veces obliga al hombre a seguir sosteniendo lo que una vez sostuvo y mucho más en cuestión de principios, cuando de un arte o profesión se trata.

¡ *Bombita*, Belmonte ! ¿Quién me ata esas moscas por el rabo ?

En Belmonte concurren todas las circunstancias, además de la de su arte estupendo, para que las multitudes le acompañasen con su simpatía y con su afecto, admirasen sus méritos y fuesen indulgentes con sus deficiencias.

En primer lugar Juan ha conquistado los tres entorchados, en dos batallas ciertamente, pero ascendiendo de soldado raso, como por milagro, sin más apoyo que su voluntad de vencer : ni abolengo ni historia torera, posición social la más humilde, protección de nadie, ni arrogancia en la figura, ni gracia en la persona, casi contrahecho...

Todas estas desventajas desde el momento de su revelación se trocaron en ventajas inmensas, y de esas ventajas seguía aún disfrutando el gran torero, que por su origen e improvisación fué considerado en seguida por el pueblo como un héroe suyo, nacido de su mismo seno, y por todo lo demás puso en él la cariñosa, la benevolente admiración que va del torero al hombre y del hombre al torero, formando a su alrededor una leyenda con que lo ampara y lo protege.

Esa leyenda sabiamente explotada y extendida por los vocingleros de su fama, añadida al valor positivo del lidiador que ya he dicho que es enorme, constituyeron el pedestal de una gloria, muy merecida en verdad, pero no intangible como ha llegado a ser.

En Belmonte hay deficiencias ; señalarlas es exponerse a oír que un torero de sus escasas facultades, haciendo lo que hace da más de lo que se le puede exigir.

¿ Son tan escasas las facultades de Belmonte ?

¿ Se pueden torear 109 corridas en un año, en una temporada, sin una más que regular fuerza y agilidad de los músculos ?

Pero sea cual fuere la contestación, es una verdad

inconcusa que hay algo de sobrenatural en lo que «Juan le hace al toro», y como tal es deber de todos agradecersele; precisamente todo lo contrario de lo que con Joselito ocurría. Este, hiciese lo que hiciese, y aun en el caso de que superase cuanto han hecho todos los toreros, siempre quedaba en deuda con la «afición»: un hombre de su saber, de sus facultades, de su dominio, estaba en la obligación de arriesgar más, de matar mejor, de ejecutar, en una palabra, lo que no se sabe que haya ejecutado nadie.

Y es que, al revés de Belmonte, en *Gallito* todo lo que fueron ventajas para él se trocaron en desventajas.

Hijo de torero famoso, hermano de torero famoso, desde la niñez ya se vió en él un futuro gran torero, y si asombró su precocidad no tardó en justificarse. De estatura aventajada, ágil y ligero, todo le ayudaba, y esa prodigalidad que con él habían mostrado la Naturaleza y las circunstancias, molestó, enojó a la gente, como enoja y molesta siempre toda falta de equidad, aun cuando ésta provenga del azar; y de esa falta sufrió las consecuencias el diestro, que tuvo también su leyenda, una leyenda que no por lo absurda le perjudicó menos.

Belmonte, hijo del pueblo, impulsado por sus gustos y nuevas aficiones, se va apartando de aquél en el vestir, en el vivir, en el pensar.

Joselito, torero de nacimiento, como torero vestía, como torero vivía, como torero pensaba, y el pueblo lo encontraba en toda ocasión a su lado.

Sin embargo... para Juan eran todos los cariños de ese pueblo, ni más ni menos que porque lo consideraban el más débil de los dos.

Y así hasta que la muerte ha venido a poner de manifiesto una verdad, que en vano unos cuantos pretendimos hacer valer en los años de ese período brillantísimo de la tauromaquia gracias al arte, al cora-

zón y al cerebro de un hombre, que en la plaza en lucha gallarda con el toro, lo mismo que dominaba a éste vencía de intrigas, calumnias, insidias, odios, venganzas, rencores, hasta conseguir que se le proclamase por todo un pueblo el grande entre los grandes, el campeón invencible de su fiesta favorita.

Y con estos antecedentes creo que se halle el lector en posesión de elementos de juicio bastantes para comprender en qué circunstancias y cómo a los diez y siete años se encaramó en el primer puesto Joselito el Gallo y en él se mantuvo hasta que vino el toro *Bailador*, si a derrumbarle materialmente, a elevar su gloria todavía más, hasta hacerla insuperable, ya que inmarcesible lo era.

Diez días antes de que el toro *Bailador* acabase con la vida del más portentoso de los lidiadores de reses bravas, en la habitación que ocupaba éste en el hotel de Oriente, de Barcelona, ante varios amigos se lamentaba de que aquella mañana un asunto enojoso que lo había entretenido desde su llegada en el expreso hasta las dos de la tarde, le hubiese impedido «ocuparse del toro, durante aquellas horas»; y yo, que ocho días antes en Sevilla había tenido ocasión de comprobar que realmente «el toro» era la ocupación constante de Joselito, a todas horas y en todo momento, comprendía el mal humor del gran torero, al que una afición desmedida, un entusiasmo loco por su profesión, unidos a sus condiciones de inteligencia y vigor, le habían permitido encaramarse en el primer puesto en la tauromaquia con pasmosa facilidad, y con facilidad más pasmosa todavía sostenerse en él, a despecho de las mil y una maniobra intentadas para derribarle.

¿Esa misma afición, ese mismo entusiasmo, no le han acarreado la muerte?

Se llamó soberbia en Joselito el «Gallo», lo que era dignidad profesional, y tal concepto tenía de esa dignidad el torero que dos graves cogidas, la de Barcelona y Bilbao, y esa tercera que le ha ocasionado la muerte, fueron debidas a un exceso de pundonor: las dos primeras, porque después de realizar magníficas faenas, no quiso rehuir la exposición que había entrando a matar sin ventajas; la última, porque conociendo las dificultades que ofrecía

el toro *Bailador*, se impuso la obligación de dominarlas con su saber y su valor, sin buscar alivio de ningún género, que por eso él, era él.

Y con estas líneas que anteceden, expuestas quedan las características del diestro que un mozalbate aún, ya era el maestro de los maestros; afición y pundonor fueron las bases de su gloria. Y esa afición y ese pundonor se revelaron en *Gallito* desde el primer momento, como si, realmente, la vocación al toreo fuera en él más que una inclinación, un instinto.

Según él mismo contaba en ocasiones, la primera vez que toreó, apenas contaría cuatro años de edad. Y por cierto que resultó cogido. Tenían en la corralada de su casa de Gelves un becerrete medio bravo y Manuel Ortega, padre del *Almendro* y tío de Joselito, cogió al chavalillo de la mano y lo llevó delante del becerro para ver si le asustaba.

El chico no se asustó y es más: pidió a su tío que le soltase y se fué al becerro. Apenas solo, el torete atropelló al muchacho que se levantó sonriente. ¡El que se asustó fué su tío!

A los ocho años mató el primer becerro, de una manera magistral, por cierto, en una fiesta torera que se celebraba en una finca del ganadero don José Anastasio Martín.

¿Es posible dudar de que nos hallamos en presencia de un caso sin precedente en la historia del toreo, desde el comienzo de su carrera hasta el instante de su muerte, y por la misma forma de morir?

Yo creo que no; yo creo que Joselito el «Gallo», a semejanza de esos rarísimos héroes que de vez en cuando aparecen en la Humanidad con una única misión y desaparecen así que la han realizado, vino al mundo a ser torero, lo fué hasta donde el más grande alcanzó a serlo, y sobrepasó la medida; y cuando ya no era posible que ascendiese más, des-

apareció, y con él la página más brillante de los anales de la fiesta brava.

* * *

Pero contraigámonos a nuestra misión de biógrafos.

José Miguel Isidro del Sagrado Corazón de Jesús Gómez y Ortega, hijo de Fernando Gómez García y de Gabriela Ortega y Feria nació el día 8 de mayo de 1895 en la casa número 2 de la calle de la Fuente del pueblo de Gelves, en la provincia de Sevilla, a las once de la mañana, según consta en el folio 30, del libro 10, del Registro parroquial de la iglesia de Santa María de Gracia de dicho pueblo, en cuyo templo fué bautizado siete días después.

Su padre, el torero fino y elegante; su madre, de la familia de los famosos banderilleros del segundo tercio del siglo pasado, Manuel Ortega, *Lillo*, y Francisco Ortega, *Cuco*; tío suyo, José Gómez, el primer *Gallo*, durante muchos años banderillero de Rafael Molina y Sánchez, *Lagartijo*, y fundador de la dinastía gallística, de la que Joselito era el quinto vástago; hermanos suyos, Rafael el genial y Fernando, el notabilísimo diestro que como banderillero y matador de novillos tantas veces demostró las excelencias de su arte, ¡no se le podía negar a José sangre torera!

Cuando aun era un mocoso, de él se hablaba ya como de un niño prodigio, y a sus propios hermanos Rafael y Fernando les había yo oído contar y no acabar de lo que el chiquillo hacía y prometía.

Según su propia confesión, desde que nació ya tenía afición al toreo.

¿Podía suceder de otra manera?

Como ha dicho muy bien «Don Pío», «todo estaba dispuesto para que así fuese. Desde su niñez los «Ga-

llos» no han oído hablar de otra cosa que de toros».

Su aprendizaje lo hizo jugando al toro con otros chiquillos de su edad, porque ¿cómo en otros juegos había de entretenerse Joselito?

«Todas las tardes, al volver del colegio de don Pedro—sigue diciendo «Don Pío»,—el de la calle de la Feria, y muchos días que hacía novillos, cosa muy natural en un futuro matador de toros, el señor José y sus amigos se pasaban horas y horas jugando al toro en la Alameda de Hércules, en el centro de un gran corro que formaban los vecinos y transeuntes, a quienes atraía la buena maña de aquellos arrapiezos y singularmente del renacuajillo aquelfi que no cesaba de chillar a unos y otros, dando disposiciones y mandando más que todos juntos, aunque los otros eran mayores que él.»

Yendo, antes de entrar a la escuela, al matadero a aprender a dar la puntilla, asistiendo cuantas veces podía con sus hermanos a los tentaderos y sin ocuparse más que de los toros y el toreo constantemente, a los trece años ya se presentó ante el público vistiendo el traje de luces.

A un municipal llamado Martínez y conocido en Sevilla por «el de la mujer del saco» porque él descubrió el crimen misterioso de ese nombre, se le ocurrió formar una «cuadrilla de niños sevillanos», que en sus comienzos quedó constituida por *Limeño, Joselito, Hipólito, Pacorro, José Puerta, Pepete*, el sobrino de «Caraancha» y algunos más, que fueron los que en Jerez de la Frontera iniciaron su carrera de lidiadores el 19 de abril de 1908, cobrando Joselito en esa corrida *diez reales*, que fueron sus honorarios en otras más, hasta la décima.

A contar de esta, Martínez pasó de empresario a administrador, y la cuadrilla fué contratada en mil pesetas para torear una corrida en Lisboa, en la plaza de Campo Pequeno, y tras de ese contrato les fir-

maron otros en la misma capital ; luego, de regreso en España, torearon en Morón, y de éxito en éxito recorrieron todas las plazas, despertando, especialmente José, tal entusiasmo entre los aficionados, que su fama de gran torero quedó afianzada cuando todavía era un adolescente y daba los primeros pasos en la arriesgada profesión.

En efecto, cuando Joselito se vió ante un torete por primera vez, sabía ya todo lo que hasta él se había sabido en el arte que iba a cultivar.

Mucho, muchísimo le valía para ello el haber nacido y crecido en el ambiente en que lo hizo ; pero habrá que convenir también en que no era el único hijo y hermano de toreros, ni sólo él el que en su infancia había oído hablar de toros, de lauros, de triunfos, y desde su niñez sintiese en su alma el deseo de verse aclamado, mimado y admirado de las muchedumbres. Son muchos los que en ese caso suyo se han encontrado, y ninguno, como no sean sus propios hermanos, el que desde su presentación sorprendiera al aficionado, no por una gracia especial, ni por una facilidad para determinada suerte, que si es la de matar nada tiene de sorprendente la cosa, y aun tratándose de otros lances, no mucho, porque en aquélla todo lo hace la decisión y en éstos el mimetismo toma a veces caracteres de aptitud ; no por eso, sino por ese conocimiento perfecto de las condiciones del toro, de los terrenos, de las querencias, por su arte de dominio, que en José nacía de una intuición sin precedentes en la tauromaquia.

Hasta 1911 inclusive, la cuadrilla se las entendió con becerros erales, y como para el año siguiente pensara ya *Gallito* dedicarse a lidiar utreros, el 24 de octubre del mentado 1911, en presencia de varios amigos y aficionados, mató en Sevilla un novillo cuatrefío de Moreno Santa María, *Avellanito* de nombre,

por vía de ensayo, y la prueba no pudo resultar más satisfactoria.

Hasta ese día, y dejamos a un lado las corridas en que actuó en 1908, tomó parte en 1909 en nueve funciones, 39 en 1910 y 30 en 1911.

El 17 de marzo de 1912 hizo su presentación en Barcelona con *Limeño*. Se jugaban aquella tarde reses de Campos Varela ; también en Barcelona toreó por primera vez ganado de Miura el 26 de mayo, y, por cierto, en la muerte de uno de los novillos alcanzó un señalado triunfo.

El 13 de junio se presentó en Madrid, donde su hermano Rafael hasta entonces no le había dejado torear. Fueron las reses de don Eduardo Olea (antes Villamarta), y la impresión que produjo el niño prodigio no pudo ser mejor ; pero, como en Barcelona, su triunfo grande lo consiguió con un novillo de Miura el 4 de agosto. «Irlandero», que así se llamaba el toro, fué el primero que mató Joselito recibiendo. Aquella tarde salió de la plaza de la Corte en hombros.

El juicio que mereció a «D. Modesto» el día de su presentación en Madrid, está expresada en estas frases :

«*Joselito*.

»¿ Por qué vamos a llamar *Gallito Chico* a este enorme torerazo? ¿Chico? No lo es de estatura. No lo es de sabiduría. No lo es de corazón. Ni de gracia ni de salsa torera.

»*Gallito Chico*, no.

»*Joselito*. Y apriétense ustedes—me dirijo a todos los señores que peinan coleta—las respectivas taleguillas, porque este niño viene arreando de verdad.»

En Sevilla hizo su presentación el 23 de junio con novillos de Moreno Santa María, y al día siguiente en la misma plaza hubo de matar cinco de Agüera (hoy D. A. Flores) por haber sido lesionado *Limeño*, y lo hizo de tal modo que entusiasmó a aquel in-

teligente público. También en Sevilla y por no poder hacerlo el propio *Limeño*, despachó el 14 de agosto seis novillos, uno de cada una de las ganaderías de Benjumea, Miura, Murube, Parladé, Santa Coloma y Tovar. Esta es la vez primera que *Gallito* realizó tal hazaña, que después ha repetido con frecuencia.

La última corrida como novillero la toreó el 1.º de septiembre en Bilbao, o mejor dicho, no la toreó, pues al salir el primer toro de Gama, le cogió al saltar la barrera y le infirió una herida en la pierna izquierda, que le tuvo inactivo hasta el 28 del mismo mes, en que tomó la alternativa en Sevilla.

La ceremonia estaba anunciada para el día 15 en Madrid, y *Limeño* había de recibir el espaldarazo juntamente con él; pero la cogida de que se ha hecho mención hizo preciso aplazar la fecha, que quedó señalada para el 27; mas ese día llovió en la Corte y al siguiente en Sevilla fué donde alternó como matador de toros.

Su hermano Rafael le cedió el toro *Caballero*, de Moreno Santamaría, negro, cornicorto y terciadillo. Para matarlo empleó después de una buena faena de muleta, un pinchazo a volapié, otro recibiendo y media estocada caída. Al sexto, llamado *Manzanito*, beerrando en negro, lo despachó de una estocada delantera y caída.

Con los dos hermanos alternó en esa fiesta Antonio Pazos.

El 1.º de octubre confirmó la alternativa en Madrid. En ese día se la dió Vicente Pastor a Manuel Martín Vázquez, y Rafael el *Gallo* le cedió a José el toro segundo, del duque de Veragua, *Ciervo* de nombre, jabonero, meleno, al que tumbó de una estocada perpendicular, caída y trasera, tras una faena breve de muleta.

Desde que se presentó ante los públicos el nombre

de Joselito se hizo popularísimo. «Don Pío» le llamó *Joselito Maravilla* y «Dulzuras» *Joselito el Sabio*.

Fué el diestro de moda ; entró en las filas de los matadores de toros siendo capitán general, y al terminar la temporada de 1913, primera de José como matador de toros, pudo escribir, y fué un gran acierto, el querido amigo y compañero «Dulzuras» en su libro *Toros y Toreros* :

«Aun no había tomado la borla de doctor y tuve el atrevimiento de vaticinar acerca de este genial e incomprendible torero, diciendo que creía ver en él a uno de esos que salen cada treinta años, y después de lo que ha hecho en 1913 me afirmo en que, si no tiene una desgracia, o sufre una total metamorfosis, el hijo menor de Fernando Gómez va a ser el gran torero de estos tiempos ; el número uno ; el hombre excepcional, al que van a afluir los locos entusiasmos de unos y los grandes odios de otros ; el que será más discutido ; el que nos hará ver muchas tardes mayores derroches de arte, valor y dominio de la profesión ; el que en no pocas ocasiones nos tirará el pego y hará menos de lo que pueda y deba ; el que será árbitro de empresas y ganaderos ; el que se impondrá ante todos y sobre todos y dará lugar a terribles discusiones, y el que, en fin, está en condiciones de hacerse millonario en cuatro días.»

Mentadas las corridas en que como becerrista tomó parte, en ese año de 1912 como novillero actuó en 45 fiestas de toros y perdió por la cogida de Bilbao 9, lo que hace un total de 54 contratos, número no alcanzado hasta entonces por ningún novillero.

De matador de toros hasta esta temporada que fatalmente ha venido a truncar, con su vida, el toro de Talavera, llevaba Joselito el *Gallo* toreadas las siguientes corridas :

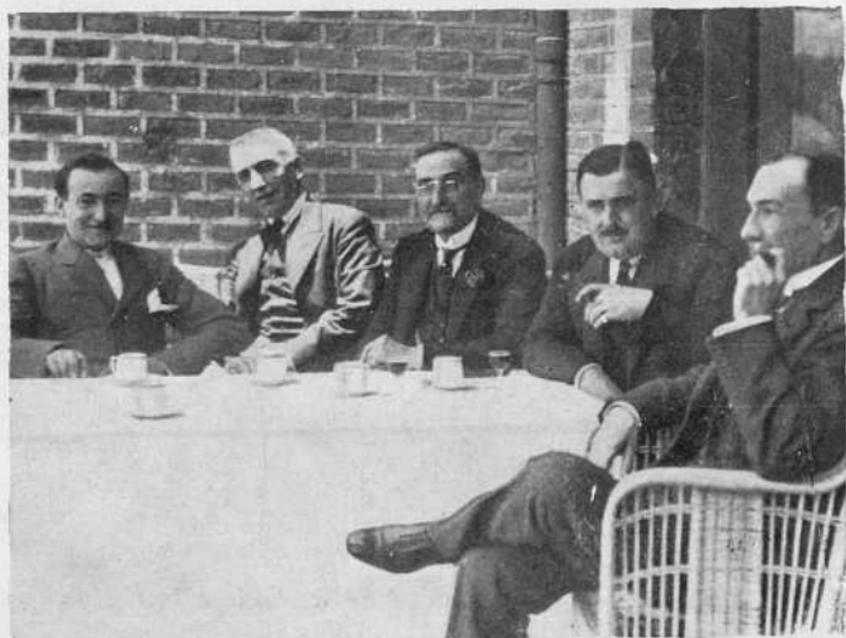


Rafael y José besándose después de darle la alternativa el primero en Sevilla.

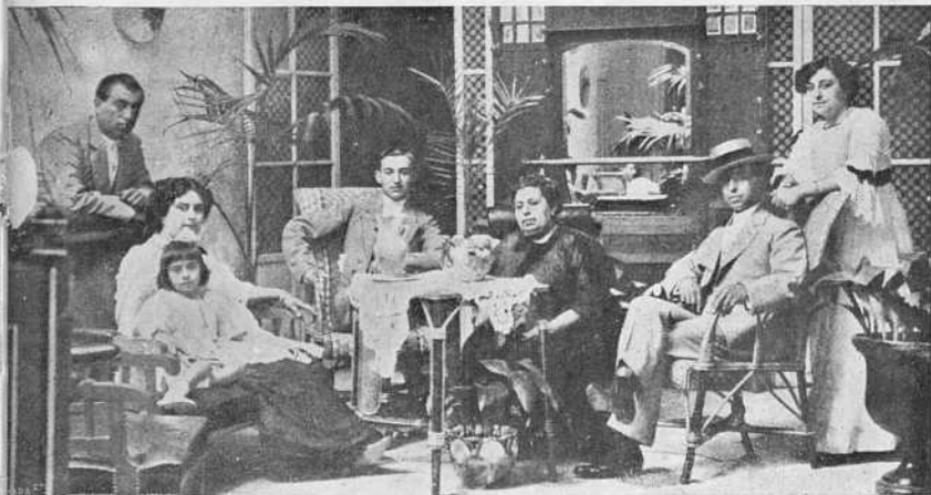
El torero Rafael y el torero José en el momento de darse la alternativa en Sevilla.



Joselito con su madre, la señora Gabriela, en el patio de su casa.



Gallito con el señor Ucelayeta y otros amigos en Tolosa.



Joselito con su madre, hermanos y la hija de Fernando en su casa de Sevilla.



Joselito padrino de una boda popular.



Joselito en el hotel de Oriente, de Barcelona, convalesciente de la cogida que le ocasionó el toro *Coletero*.



Joselito con el marqués de Urquijo, don Juan Antonio Jacobo, Ignacio Sánchez Mejías y otros amigos en el cortijo de doña Carmen de Federico.

Años	Corridas	Toros estoqueados
1912	14	36
1913	80	188
1914	75	171
1915	102	241
1916	104	248
1917	103	233
1918	80	168
1919	89	204
1920	20	41
<i>Totales.</i>	667	1.533

El número de corridas que a causa de cogidas, enfermedades, lluvia, etc., dejó de torear, se estima en 103.

No ha toreado ninguna en Francia, y en América estuvo por primera y única vez este invierno, contratado por la plaza de Lima por nueve corridas y un beneficio, que no van incluidos en el cuadro precedente, cobrando por cada una de aquéllas la suma de 35,000 pesetas, alcanzando un éxito clamoroso, no obstante la hostilidad con que una parte del público le recibió.

En esas diez corridas, estoqueó Joselito 28 toros.

No se citan los que ha matado en becerradas; pero quiero dejar consignado que a su paso por Montevideo y para complacer a unos aficionados entusiastas, estoqueó un novillo.

III

Para acabar con la parte biográfica y ya que el espacio escasea, haremos un resumen de los hechos más salientes que en la vida torera de Joselito hay.

Dejando a un lado las fechas de su presentación en Madrid, alternativa en Sevilla y confirmación en la Corte, que ya están consignadas, empezaremos por apuntar la de su primer triunfo ruidoso en esa misma plaza.

Fué en la tarde del 5 de junio de 1913, en la que se jugaban reses del marqués del Saltillo (hoy de don Félix Moreno), que habían de estoquear Rafael el Gallo, Manolo Bomba y el Gallito.

Lo que hizo éste lo relató así el infortunado *Dulzurras*, tan escrupuloso, ecuánime e imparcial:

«Al toro 3.º, llamado *Jimenito*, después que lo había torcado bien de capa para fijarlo y que había hecho en el primer tercio algunos lucidos quites, le clavó al quiebro, en los medios, tres pares y medio, juntos los siete palos, dando para ello cuatro quiebros, por el lado derecho los cuatro, y ganando una de las mayores ovaciones que pueden presenciarse.

»Con la muleta hizo una soberana faena, de las que quedan archivadas, por el arte, reposo, acierto, vistosidad y ciencia taurómaca. Ejecutó con el estoque tres veces la suerte de recibir, en la que dió dos pinchazos en lo alto y una superior estocada hasta la mano.

»No hay que decir que la ovación fué estupenda y de las más justas que se han escuchado.

»Le concedieron la oreja y se estuvo hablando de esta faena toda la temporada.»

La oreja del toro *Jimenito* fué la primera que José cortó en Madrid. Antes que él, únicamente habían conseguido ese lauro José Lara, *Chicorro*, hacía más de treinta años, y en los tiempos modernos Vicente Pastor en dos ocasiones, *Machaquito*, *Bombita* y Rafael el *Gallo*.

El 20 de julio, toreando con su hermano en Barcelona, hizo una gran faena a un toro de Benjumea, al que mató de una estocada recibiendo, que se le premió con formidable ovación.

El 17 de agosto en San Sebastián mató muy bien un toro del Saltillo, saliendo achuchado, con la camisa rota por la pechera y abollada una medalla de oro de la Virgen de la Esperanza que llevaba José colgada del cuello.

Al sexto toro de esa tarde le citó dos veces a recibir y dió un pinchazo en esa suerte.

El 21 en Antequera mató a un toro de Guadalest de un pinchazo y una estocada en la suerte de recibir.

El 14 de octubre, en Zaragoza, hubo de entenderse por primera vez como matador de toros con seis del duque de Veragua, por haber sido lesionado Rodolfo Gaona, que era su compañero. Despachó toda la corrida, buena moza y gorda, obteniendo señalado triunfo, que se reprodujo al día siguiente por la lucida faena que empleó con un toro de Miura que pesó en canal 401 kilogramos.

Otra gran tarde, de las mejores de su vida, fué la del 19 del mismo mes, en la que tomó parte en la corrida en que Ricardo Torres, *Bombita*, se despedía de la afición madrileña.

El menor de los *Gallo* consiguió compartir con Ricardo todos los honores; como él, salió de la plaza en hombros de los entusiastas y los que vitorearon al que tan dignamente se marchaba, con igual ardor vitorearon al que acababa de llegar. Esa tarde cortó la segunda oreja.

El 26 de octubre terminó su temporada de 1913, matando siete toros del marqués de Guadalest en Valencia, a los seis primeros de otras tantas estocadas y un pinchazo. Al séptimo lo pinchó tres veces.

En 1914 se destacan las siguientes fechas :

El 20 de abril, en Sevilla, hizo con el toro *Almendrito*, del conde de Santa Coloma, esto nada más :

Lo toreó de capa admirablemente ; quebró cinco veces en banderillas, clavando cuatro pares soberbios ; con la muleta hizo una faena portentosa, por lo artística y valiente, y después de un pinchazo recibiendo, consiguió una estocada en la misma suerte.

El 2 de mayo, en Madrid, con un toro de don Juan Contreras, *Azuqueco* de nombre, llevó a cabo José otra de sus hermosas faenas de muleta, de tanto dominio como arte y vistosidad. Citó por dos veces a recibir (¿ va anotando el lector las que este diestro ha intentado o consumado la suerte suprema de matar toros?), y como el toro no se arrancara, a volapié agarró una soberana estocada. A petición del público le fué concedida a *Gallito* la oreja de *Azuqueco*, y van tres.

El 14 del mismo mes mató un toro de los herederos de don Vicente Martínez, en la plaza de Madrid también, de una estocada desprendida recibiendo, después de haberle puesto dos pares al quiebro, otro de frente y derrochar guapeza, arte y sabiduría con la muleta.

El 7 de junio cortó la cuarta oreja en Madrid por la magna faena que realizó en los tres tercios de la lidia del toro *Caramelo*, de don Juan Contreras, al que mató de un pinchazo muy bueno y una soberbia estocada marcando los tiempos del volapié.

Había brindado la muerte de *Caramelo* a la niña Julita Borrás, hija de los condes de Creixell, que ocupaba con su padre una barrera.

El 3 de julio despachó en esa misma plaza siete to-

ros de los herederos de don Vicente Martínez, y después de haber hecho cosas inverosímiles con ellos y conseguir que le fueran otorgadas las orejas de los jugados en cuarto y sexto lugares, *Coralino* y *Presumido*, durante la lidia de éste se quedó en la plaza sin más auxiliar en ella que *Blanquet*, el excelente peón valenciano, realizando de ese modo el alarde mayor que torero alguno ha realizado.

Por lo que Joselito el *Gallo* realizó en esta corrida, el ingenioso y admirable Pepe Loma, «Don Modesto», le consagró Papa en una revista que termina así :

«La gente no se quería ir. Aún le habían sabido a poco las seis faenas. Y pidió un séptimo toro, y Joselito accedió a lidiarle, a banderillearle y a matarle. Y no le picó porque hubiera perdido tiempo en ceñirse la mona de hierro, que, si no, picá también. ¡ Qué no sabrá esta criaturita ! ¡ Siete toros, dos orejas y la mar con barcos y peces de colores ! Al caer, a golpe de puntilla, el séptimo toro, la multitud se lanzó al ruedo y, quiera que no, llevó sobre los hombros a este torerazo de los veinte años no cumplidos, y en andas hasta la calle de Alcalá.

»El triunfo de Joselito ha sido enorme, colosal..., pero a mí no me ha cogido de susto.

»Esta hazaña, hoy, no la puede realizar más que este torero. Y la realizará siempre que quiera y con los toros que quieran darle. ¿ Miura ? ¿ Palha ? ¿ Coruche ? Los que sean. ¡ Para lo que iban a durar ! Joselito lleva dentro dos o tres Guerritas empalmados, y, como corona del ramillete, al gran *Lagartijo*.

»El tiempo y yo contra el mundo.

¿ Resumen ?

¡ Joselito I, Papa-Rey !

»A 3 de julio del año 1914.—Firmado y rubricado,

»Don Modesto.»

El 5, dos días después, en la que fué plaza el *Sport* de Barcelona, un toro de Pérez de la Concha, *Coletero*, y no *Aceituno* como al principio se dijo, al que había toreado admirablemente por verónicas, banderilleado al quiebro y al cuarteo como no es posible mejor y hecho una valentísima y meritísima faena de muleta, lo cogió al entrarle a matar, y si bien *Coletero* murió en seguida de una gran estocada, las lesiones de Joselito fueron importantes.

El 19 de agosto, en Bilbao, a un toro de Murube, al que había toreado de capa admirablemente, le puso cuatro pares al quiebro colosales, lo muleteó superiormente, le dió un pinchazo recibiendo y lo remató de un gran volapié, pero quedó prendido por el pecho.

El toro que le infirió esa cornada se llamaba *Guarreto*.

Y hablando de este toro, a José le he oído decir que estaba seguro de que si le entraba a matar bien no lo dejaría pasar, pero no quiso evitarlo porque lo había toreado muy a su gusto y le molestaba estropear la faena, entrando con ventaja a herir.

Por este y el anterior percance estuvo 61 días apartado de los circos.

El 18 de octubre acabó la temporada, como el año anterior, matando él solo una corrida de toros en Valencia. Esta vez fueron seis de Contreras los que despachó, y si como torero rayó a la altura de siempre, como matador baste decir que cortó tres orejas.

Pasemos al año 1915 :

El 28 de febrero toreó por primera vez con Belmonte, al que ya señalaba la afición como rival suyo. Ocurrió el hecho en Málaga y fueron los toros de Murube, hoy de doña Carmen de Federico. No pasaron grandes cosas.

El 14 de marzo, en Castellón de la Plana, estuvo admirable, colosal, en dos toros de don Vicente Mar-

tínez en los tres tercios. Al sexto lo mató de un pinchazo recibiendo y una estocada a volapié.

El 8 de mayo, en Madrid, estuvo muy bien en dos toros de Contreras, y de ellos al sexto le dió dos pinchazos recibiendo y lo remató a volapié.

El 15 de mayo cortó en la Corte la séptima oreja, del séptimo toro de la tarde, del marqués del Saltillo.

El 29 de junio, en Valencia, con el toro *Platero*, de Moreno Santamaría, tuvo el único fracaso de su vida torera, pues oyó los dos avisos, por las dificultades que el morlaco ofrecía para dejar que le metieran mano, pues se tapaba y ponía por delante en todas las acometidas.

Al propio José le he oído decir que no era el toro realmente difícil por su sentido y malas intenciones, sino por manso y cobarde.

El toro más difícil que Joselito decía haber estoqueado fué uno en Valladolid, viene otro de Saltillo en Sevilla y sigue a éste otro en La Línea. ¡Y cómo serían, para que le resultasen a él difíciles!

Durante la feria se desquitó en la ciudad del Cid, y muy especialmente en la tarde del 27 de julio, que en la corrida de Miura estuvo asombroso, lo mismo toreando que matando.

El 24 de agosto mató seis toros en Almagro, y en todos ellos logró gran lucimiento.

El 6 de septiembre en Málaga, matando un toro de don Vicente Martínez, oyó un aviso.

El 29, en Sevilla, con toros de Miura, su triunfo fué completo y mayor al día siguiente, en que despachó seis reses del conde de Santa Coloma, entre grandes ovaciones, que llegaron al delirio por la faena que realizó con el quinto, *Cantintero*, al que toreó magistralmente, completamente solo en el ruedo, y lo mató de una gran estocada. Le fué concedida a José la oreja de *Cantintero* y ésta es la primera que se cortó en la plaza de Sevilla.

La impresión que a «D. Criterio» produjo lo hecho por Joselito el *Gallo* con los miureños el 28, queda expresada con estas palabras: «Mas valentía, más conocimientos y más dominio, imposible. ¡ Un asombro !»

El 15 de octubre, en Zaragoza, tercera corrida del Pilar, toreó superiormente sus dos toros, que pertenecían a don Matías Sánchez Cobaleda, antes del conde de Trespalacios. Del primero cortó las dos orejas y recibió enorme ovación. Al cuarto, después de una faena estupenda, parte de ella con una chaqueta, le dió una estocada, y al descabellarlo tuvo la desgracia de que el toro en un derrote hiciera saltar el estoque, que fué a herir a un espectador, muy amigo del diestro precisamente, don Manuel Arellano, por cuya razón Joselito no salió a recibir la ovación que por su labor le dieron.

De lo realizado por José en este toro, da idea lo que al siguiente día escribió «Juan Palomo» en el *Heraldo de Aragón*:

«Un amigo que está en el palco, al terminar la faena de Joselito en el cuarto toro, me entrega un pape-lito que dice:

«Amigo Palomo: Ese *Gallo* sabe más que el de Sócrates; dará más que hablar que el de la Pasión; está más alto que el de la torre de la Magdalena. Es Aladino, el de la lámpara maravillosa, el gran taumaturgo. Aquella faena, del toro cuarto, aquellos pares de banderillas, aquellos pases arrodillado y agarrado a los cuernos por la misma cepa, todo es de la propiedad exclusiva de ese gran taumaturgo del toreo.

»Eso no lo ha hecho nadie, ¡ nadie!, en la plaza de Zaragoza.»

Terminó la temporada de 1915 matando el 17 de octubre seis toros de don Eduardo Miura en Valencia, con excelente éxito, y uno de Veragua en Madrid el 23, en el beneficio de Cayetano Leal, *Pepehillo*.

En 1916:

El 13 de abril, en Madrid, le dió la alternativa a Florentino Ballesteros.

El 12 de mayo, en la Corte también, cortó la octava oreja por la brillante faena que ejecutó con un toro de Murube.

El 31 de mayo oyó en Madrid dos avisos descabellando a un toro de don V. Martínez.

El 28 de julio, en Valencia, ejecutó una faena imborrable con un toro huído y mansurrón de Miura, y en los tres tercios no cesó de aplaudir la gente, que acabó por aclamarlo.

El 9 de agosto mató seis toros de Murube en Victoria.

El 23, en Bilbao, con dos toros grandes y difíciles de Miura, tuvo una de sus más grandes tardes, por lo que llevó a cabo con capa, muleta y estoque.

El 6 de septiembre mató en Almería seis toros del marqués de Guadalest, en una hora y treinta y cinco minutos, entre grandes ovaciones.

El 11 repitió la hazaña en Salamanca, donde despachó cinco toros del marqués del Saltillo (hoy de don Félix Moreno) y uno de don Amador García, de Tejadillo.

Al siguiente día, en la misma plaza, con un toro de Miura realizó portentosas faenas en los tres tercios.

El 29, segunda corrida de feria de Sevilla, cortó la oreja de un toro de Nandín, y es la segunda oreja sevillana.

El 8 de octubre, en Madrid, cortó la oreja de un toro de Parladé, y es la que hace nueve de esa serie.

En el quinto de esa corrida, fué tan soberbia, tan colosal la labor del gran torero, que el público exigió que se le concedieran las dos orejas del Parladé, primera vez que esto ha ocurrido en la Corte.

Y van once.

El 18 mató seis toros de don Juan Contreras y uno

de don José Bueno, en Zaragoza, y otros siete el 24, en Bilbao, de don Vicente Martínez.

Año 1917 :

El 19 de marzo realiza Joselito en la Monumental de Barcelona una de sus más grandiosas faenas con un toro del Saltillo, llamado «*Mesonero*», quinto de la tarde.

El 29 de abril mata seis toros de Salas (hoy de Gallardo), en Granada.

El 30 de mayo, corrida a beneficio de la prensa, cortó en Madrid la duodécima oreja, perteneciente a un toro de don Felipe de Pablo Romero, jugado en tercer lugar, llamado *Rayadito*.

El 3 de junio mató en la Monumental de Barcelona seist oros del marqués de Albaserrada (hoy de don José Bueno) y uno de don A. Pérez.

El 24, en Sevilla, estoqueó seis de Murube (hoy de doña Carmen de Federico) y cortó cuatro orejas.

El 12 de septiembre, en Salamanca, le dió la alternativa de matador al extremeño Angel Fernández, *Angelete*, y el 16, en Madrid, a Félix Merino.

El 24 de septiembre un toro de Gamero Cívico (don Luis), en Barcelona, le causó una herida en el labio y un varetazo en el pecho.

El 21 de octubre mata seis toros de Veragua en Málaga.

Año 1918 :

El 21 de marzo le dió la alternativa en Madrid a José Flores González, *Camará*.

El día 16 de mayo, en Madrid, hizo tan enorme faena con un toro de Gamero Cívico, jugado en quinto lugar, que le había cogido al rematar un quite, que le fué concedida la oreja, y ya estamos en la que hace trece.

El 19 de mayo, en Zaragoza, un toro de Santa Coloma le produjo la fractura del metacarpo de la mano derecha.

El 11 de agosto le dió la alternativa en San Sebastián a Francisco Díaz, *Pacorro*.

El 25 de septiembre confiere la alternativa en Madrid a Manuel Varé, *Varelito*, y a Domingo González, *Dominguín*.

El 10 de octubre, en la corrida que su hermano Rafael se despidió del público madrileño, con el cuarto toro, del marqués de Guadalest, realizó José una de las más hermosas faenas que en la Corte ha ejecutado y por lo completa y grandiosa se le concedieron las dos orejas del animal, y van quince cortadas en Madrid.

Año 1919:

El 16 de marzo, en la plaza Monumental de Barcelona, le da la alternativa a su cuñado Ignacio Sánchez Megías, en la primera corrida que toreó después de la muerte de su madre, por lo que salió vestido de riguroso luto.

El 19 repitió en la misma plaza, con un toro de Benjumea, las proezas realizadas dos años antes con otro del Saltillo.

El 21 de abril, en Sevilla, hace una enorme faena que le vale la oreja de un Guadalest, jugado en tercer lugar en la Maestranza, y por ser superior a aquél el trabajo realizado, en el quinto cortó las dos orejas y el rabo.

El 27 del mismo mes y en la misma plaza, corta la oreja de un toro de la marquesa viuda de Tamarón jugado en primer lugar y las dos del del cuarto, de igual ganadería.

Al día siguiente corta también las dos orejas de un toro de Pablo Romero, en la propia plaza, por su hermosa faena de muleta especialmente.

El 29 se le conceden una oreja del primero y las dos del cuarto, ambos toros de Murube.

El 30 las dos orejas y el rabo del toro de Darnaude (antes Gregorio Campos), jugado en quinto lugar.

Tales fueron sus éxitos en la feria sevillana del pasado año.

El 1.º de mayo en Madrid sufre una cogida durante una magnífica faena a un toro de Benjumea, substituto, llamado *Vizcaíno*, que le infirió una cornada de diez centímetros de profundidad en la parte superior posterior del muslo izquierdo, y debido a ese percance no vuelve a torear hasta el 8 de junio en Algeciras, y tanto en ese día como en los dos siguientes de feria, fué premiado su trabajo con grandes ovaciones y varias orejas.

El 13 se presentó en Madrid en la corrida de beneficencia, y su arte, afición y valentía entusiasmó a los madrileños, y por la labor realizada con el toro quinto de Contreras, fogueado por buey, se le hizo una ovación imponente, con petición de oreja.

El 17, en la misma plaza, a otro toro fogueado, también de Contreras, lo toreó admirablemente de muleta y lo mató de una buena estocada. La ovación fué grande y hubo petición de oreja.

Pero ésta no la cortó en dicha plaza hasta el 6 de julio, en la corrida de despedida de *Cocherito*, por la inmensa faena realizada con el toro segundo, de la viuda de Salas. Y esta oreja hace la 16 de las ganadas en Madrid, donde tiene aquel público el prurito de no concederlas.

El 17 de septiembre le dió la alternativa en Oviedo al novillero portorriqueño Ernesto Pastor.

El 28, en Sevilla, plaza Monumental, se la confirió a Juan Luis de la Rosa.

Acabada la temporada dirigióse al Perú, donde en diciembre comenzó a cumplir el contrato de que antes se ha hablado y el éxito alcanzado en la lejana república hispanoamericana superó los augurios más optimistas.

El 19 de marzo del corriente año, día de su santo precisamente, desembarcó en Cádiz, donde el recibi-

miento que se le hizo no pudo ser más cariñosísimo, y he aquí la campaña realizada por José en 1920 :

El día 4 de abril, Pascua de Resurrección, comenzó la temporada en la plaza de la Maestranza, con toros de Nandín.

El día 5 se presentó en Madrid, y por la brillantísima faena realizada con uno de los toros de don Vicente Martínez, se le concedió la oreja, y son 17 con ésta las cortadas en la capital de la nación.

En esa corrida confirmó la alternativa en Madrid a Ignacio Sánchez Mejías.

El 6 toreó en Murcia, y con un toro fogueado del Saltillo realizó una monumental faena.

El 22, en Sevilla, con el primer toro del marqués de Guadalest, estuvo tan valiente, que de pie presenció el público la faena de muleta comenzada con un pase de rodillas, en condiciones de una desventaja enorme para el diestro, y rematada con una buena estocada, que le valió clamorosa ovación y petición de oreja.

Al día siguiente, a un toro grande, con poder y nervio de Miura, bronco y que quería coger, lo redujo al cuarto pase, aguantándolo y parándole hasta dominarlo, y de rodillas en seguida y agarrándose a los pitones, enloqueció al público con una faena tan valiente como sabia. Mató en tablas a este miura muy bien y se repitió la ovación y petición de oreja.

Al octavo de esa tarde le puso dos pares asombrosos de banderillas al quiebro, apoyada la espalda contra la barrera, como al decir de los aficionados más viejos nadie había intentado hasta entonces.

El 22, en Sevilla, también toreando con Belmonte ganado de don Luis Gamero Cívico, cortó la oreja del tercer toro, un buen mozo, con 340 kilos, con el que hizo brillantísima labor con la franela y mató muy bien.

El 6 de mayo, en Barcelona, a los toros tercero y

quinto del conde de Santa Coloma, los toreó de capa, los banderilleó, los toreó de muleta, todo soberbiamente, y los mató de una estocada alta a cada uno, lo que le valió las dos orejas y el rabo de sus contrincantes.

En Madrid, el 15, por ser el ganado débil de remos, el público armó una gran bronca, y estando *Gallito* toreando de muleta al cuarto toro, le tiraron un almohadillazo, por lo que hizo que retirasen aquel bicho y saliese otro.

Al día siguiente, en Talavera de la Reina, el toro *Bailador*, número 7, de la viuda de Ortega, lidiado en quinto lugar, al prepararse José para un pase, le cogió, volteó y derribó, infiriéndole en el suelo tan grave cornada en el vientre, que a los pocos minutos el más famoso y grande de los toreros había dejado de existir.

De todo este resumen resulta que en Madrid lleva ganadas diez y siete orejas y treinta y nueve en Sevilla.

En Lima, de donde en un principio noticias tan contradictorias circularon, hagamos constar que de los 28 toros que estoqueó cortó 15 orejas y cuatro rabos.

También, ya que de Lima hablamos, dejaremos consignado que en aquella plaza le dió la alternativa al diestro del país apodado *Cachucha*.

Y ya que en estadísticas estamos, bueno será recordar que Joselito llevaba estoqueados, en los siete años de alternativa, 91 toros de Miura, en tanto que *Guerrita* estoqueó en doce años 139 y *Bombita*, en catorce, 120.

En ese mismo período de años ha estoqueado: 53 de don Felipe Pablo Romero; 17 de don José Pereira Palha Bramo, los dos primeros alternando con *Machaquito* y su hermano Rafael, en una corrida que metió mucho ruido, celebrada el 1 de junio de 1913,

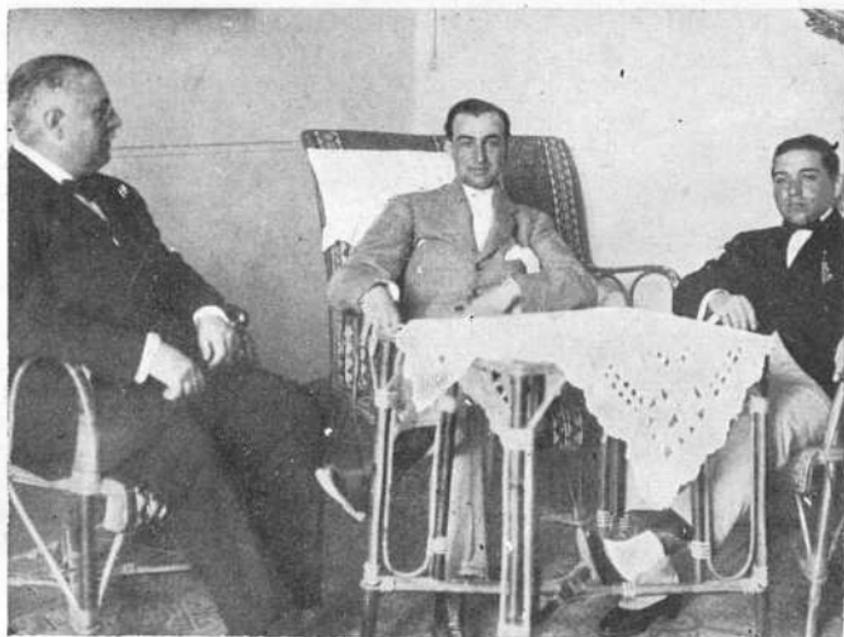
en la que los tres matadores obtuvieron un gran triunfo.

En 1916 quiso matar 6 en Valencia, y este año tenía igual propósito a beneficio de la Asociación de Toreros.

Las corridas en que él solo ha estoqueado seis o más toros, han sido veinte.

Se ha hecho ya mención de algunas de las cogidas que ha sufrido *Gallito*, pasando en silencio las de escasa importancia, pues José, como todos los toreros que se arriman, y este «gran ventajista» se arrimaba como el primero, por mucho que sea su arte y su saber, se hallan expuestos a los percances que son inherentes a una fiesta en que tanto es el riesgo; no hay que repetir, pues, ahora la enumeración de esas cogidas.

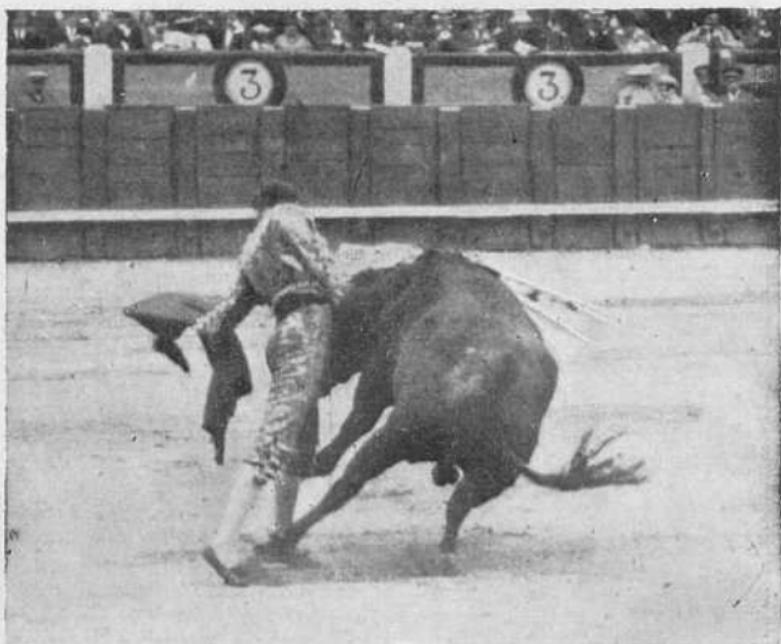
Para terminar este capítulo, apuntemos las plazas que ha estrenado desde que tomó la alternativa el torero de Gelves, que son: las de Logroño, Barcelona (Monumental), Albacete y Sevilla (Monumental).



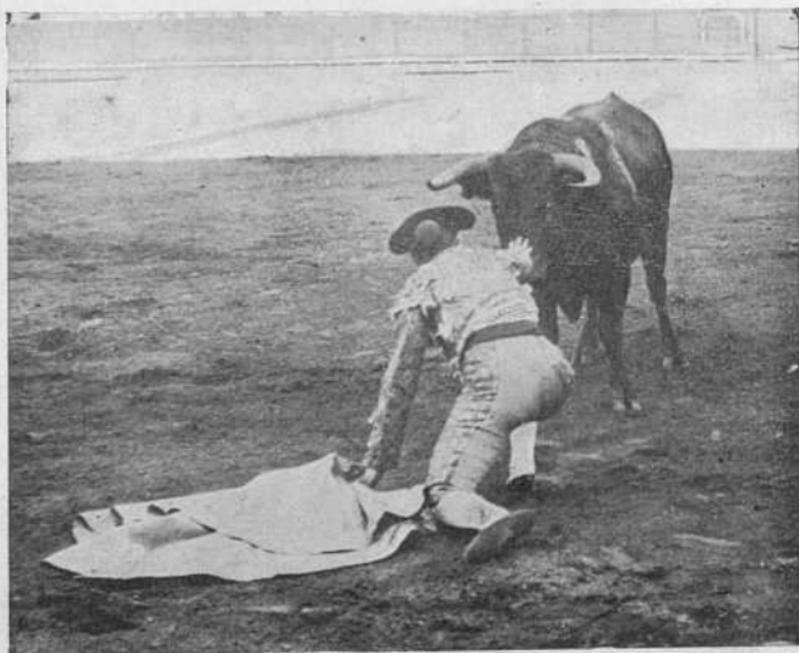
Joselito con el empresario de Lima señor Botto y don José María Pinillo, en su casa de Sevilla.



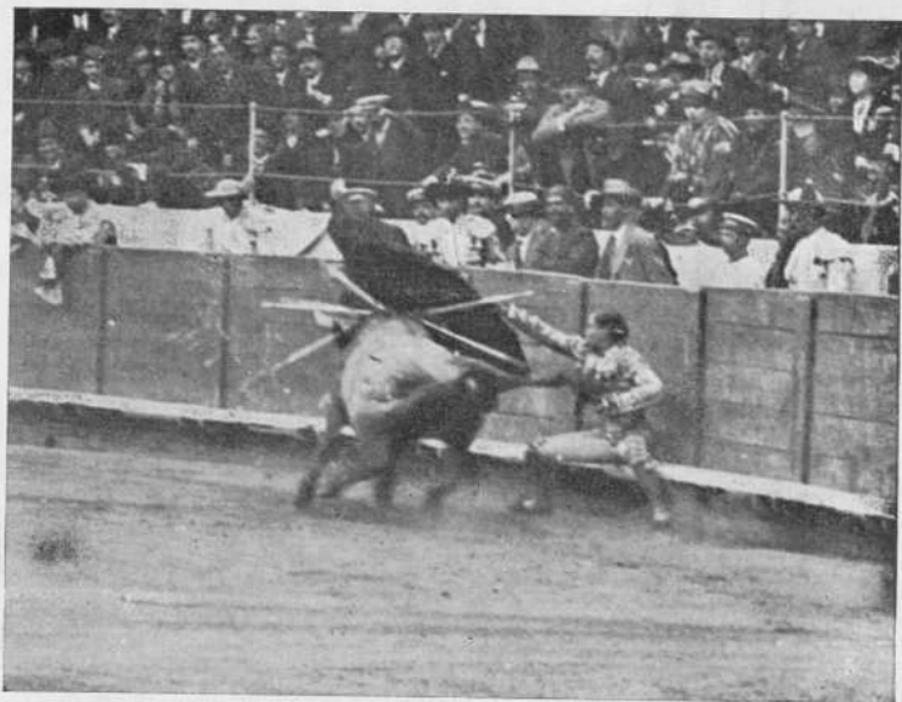
Toreando de muleta sentado en el estribo.



Un gran pase natural de los de su marca.



Rematando un quite.



Joselito toreando al toro *Mesonero* en la Monumental de Barcelona.



Gallito entregando a Vicente Pastor, antecesor suyo en la presidencia de la Asociación de Toreros, un pergamino como recuerdo.



Alardes de información : *Gallito* toreando en Talavera en la plaza que existía antes de nacer él.



Plaza actual de Talavera y lugar + donde fué cogido.

IV

Y abordemos ahora el penosísimo capítulo de la muerte del magno artista.

Para su confección, para la confección de este capítulo, perdone el lector que me valga de los relatos de prensa, hecha la depuración conveniente y escogidos los informadores del luctuoso acontecimiento entre los de más prestigio.

Cómo se organizó la corrida de Talavera

Habla «Corrochaco»

El hijo mayor de la ganadera señora viuda de Ortega arrendó la plaza para lidiar sus toros y vino a Madrid a contratar a Sánchez Mejías, a quien únicamente tenía deseo de contratar. Contratado éste, y como la plaza es pequeña y no tiene defensa para la Empresa, se pensó en dos toreros de poco precio. Yo entonces les recomendé a Larita, como torero barato y al mismo tiempo valiente y de ameno y variado repertorio. Me parecía indicadísimo para Talavera.

El señor Olmedo, apoderado de Larita, enterado de mi recomendación, me escribió dándome las gracias y enviándome los contratos en blanco.

Sánchez Mejías le recomendó al empresario a Paco Madrid, y así quedó pensada la corrida, sin que a ninguno, ni remotamente, se nos ocurriera pensar en Joselito para esta corrida, que al fin y al cabo era una corrida de pueblo.

Fué el empresario al café Regina para tratar de la venta de unos becerros para Ciudad Real, y allí encontró a don Leandro Villar, quien le dijo :

—¿Por qué no lleva usted, Ortega, a Rafael el Gallo, que daría más cartel a la corrida y lleva buena temporada?

—Porque aquella plaza no da para tanto.

—¿Me cede usted el negocio, y me comprometo a llevar a Rafael?

—Encantado; cuente usted con la plaza. Yo soy Empresa a la fuerza, por lidiar mis toros, que es lo único que tengo interés.

Y quedó convenido el traspaso en estas condiciones: el Gallo y Sánchez Mejías, y toros de Ortega.

Y en esta creencia se marchó el ganadero a Talavera.

Don Leandro Villar, íntimo amigo de Joselito, le comunicó sus planes a éste.

Joselito entonces le dijo:

—¿Y por qué Rafael y no yo?

—Porque tú eres muy caro para Talavera.

—Yo soy el torero más barato—dijo Gallito,—porque soy el de más público.

Y como entre Leandro Villar y Joselito había una estrecha amistad, se concertó la corrida, en la que no intervino nadie más que en la forma relatada.

La cogida contada por el mismo revistero

La corrida se deslizaba alegre y animosa. Había un lleno imponente. Se le recibió a Gallito como reciben estos pueblos, con entusiasmo y gratitud; como se recibe al artista que les hace el favor de ofrendarles su arte: dándose perfecta cuenta de su papel de favorecidos.

Gallito brindó animoso y aún recuerdo el brindis, que fué una evocación: «Brindo por el presidente, por su distinguido acompañamiento y por el pueblo de Talavera, adonde tenía muchas ganas de torear,

porque esta plaza la inauguró mi padre, por cuya memoria brindo también.»

Salió el quinto toro, tan certero como suelen ser todos los toros cornicortos, y sin recargar, sin llegar apenas a los caballos, pues fué el menos bravo, mató cinco, tantos como varas tomó. Y salió a matar Gallito. El toro se defendía y estaba bronco. José medio lo dominó con la muleta y el toro se fué a las tablas, cerca de mi barrera del 1. Oí perfectamente que le dijo al Cuco dos veces: «Quítate, Enrique, que está el toro contigo, y por eso no toma la muleta.» El Cuco se cambió de lugar. Joselito lo sacaba con pases de tirón, muy trabajosamente, pues el toro apenas le embestia. Joselito, que estaba muy cerca, dándole con la muleta en la cara, se retiró, y entonces el toro, acaso porque le viera mejor por el defecto de la vista ya apuntado, se le arrancó fuerte y pronto, inesperadamente, en un momento en que el torero no hacía nada, sino que se disponía a hacer. A José, a quien indudablemente sorprendió el toro, no le dió tiempo de nada, ni de darle salida ni de quitarse de allí, a pesar de sus facultades. No hizo más que adelantarle la muleta para taparse y parar el golpe. El toro le cogió de lleno y le enganchó por el muslo derecho, y en el aire le dió una cornada seca y certera en el bajo-vientre, como las que había dado a los caballos. Cayó José mortalmente herido, se contrajo y el toro le derrotó en el suelo, pero no le recogió.

Al Cuco, que le llevaba a la enfermería, le dijo: «A Mascarell, que avisen a Mascarell.» Y ya no habló más; le dió el colapso.

Sus íntimos amigos Leandro Villar y Darío López salieron, sin perder un minuto, para Madrid, en busca de los doctores Mascarell y Goyanes. Todo inútil. Apenas recorrerían unos minutos, ya su pobre amigo no tenía necesidad de la ciencia que iban a buscar.

A Sánchez Mejías le ocultaron la gravedad y lidió

el sexto toro, vengativo, descompuesto, haciendo tantas y tan temerarias cosas, que ya temíamos por el segundo percance.

Mientras tanto, en la enfermería los médicos Sanguino, Ortega, Muñoz, Luque, Pajares y no sé si alguno más, cuidaban de reaccionarle con suero, caféina, alcanfor... : nada, todo inútil, porque el pobre torero no reaccionaba. Sólo hubo un momento de esperanza, en que movió los brazos, para caer nuevamente en el sopor, y cuando su cuñado, Sánchez Mejías, muerto el último toro, entraba corriendo en la enfermería, ya alarmado por el rumor de la plaza y el ir y venir de la gente por el callejón, expiraba Josecito de *schot* traumático.

.....

Por su parte, «Don Pío» refiere y comenta así el suceso :

«¿Concebís esto? ¿Creéis posible que frente al toro, José, a tres pasos de distancia y prevenido, haya podido ningún toro ganarle la acción y cogerlo y matarlo? Por fuerza el torero tuvo que distraerse un momento.

La versión de los toreros niega esta distracción. Pero los espectadores hablan de ella, aunque dando distintas explicaciones. El conocido industrial madrileño señor Carralero, con quien nos topamos a mitad de camino y fué la primera persona que nos refirió el suceso, nos dijo que José distrajo la atención del toro para decir algo a los peones.

Otros espectadores, sosteniendo la versión más extendida en Talavera, aseguran que un espectador, que toda la tarde se había estado metiendo con Josecito, le chilló :

—Ya andas con precauciones. ¡Arrímate !

Y cuentan que en este momento José levantó la cabeza y le dijo :

—Si no puede ser...

Y fué cuando se le arrancó el toro.

Y que al espectador impertinente le dieron una paliza.

Otra versión asegura que nadie chilló; pero que Joselito se dirigió con la vista a su cercano amigo, coma señalándole la creciente dificultad del toro.

Algo así debió ser. No se concibe de otro modo.

Ello es que *Bailador* se le metió tan rápido, que no le dió tiempo a huir; le enganchó por el muslo derecho, infiriendo a Joselito otra cornada; lo levantó, y ya en el aire, se lo pasó al otro pitón, apuñaleándole el vientre con el terrible acierto que todos lloramos y dejándole caer en seguida.

Cayó José encogido y sobre el lado izquierdo, y el toro se fué sobre él para herirle de nuevo; pero salló rebozado, sin acertar a empuntarle nuevamente, a tiempo que un capote se lo llevaba.

Acudió Blanquet a levartar al caído.

—«Jalé» de él, le saqué de allí, le metí las manos por debajo de los brazos y lo levanté.

Entonces Joselito se echó las manos al vientre, se miro la herida y dijo :

—¡ Ay, madre mía, que tengo fuera el intestino !

—No, hombre, no—dijo Blanquet.

—Sí; que lo he visto.

Acudió velozmente el mozo de estoques, vinieron otros mozos de la plaza y se lo llevaron en hombros, corriendo, a la enfermería.

Por el camino, José, que seguía apretándose la herida, dijo a los suyos, articulando trabajosamente :

—¡ A Mascarell ! ¡ A Mascarell !

Y lo volvió a repetir al entrar en la enfermería :

—¡ Mascarell !

Le entraron en la enfermería; le tendieron en la

cama operatoria ; acudieron corriendo Camero y Farnesio ; fué luego también Fernando, a quien no dejaron entrar.

Con los médicos locales acudió un médico de Madrid, don Rafael Terrón, si no estamos equivocados amigo de Joselito, que le llevó en su automóvil a la plaza. Se reunieron allí seis médicos. Todos se dispusieron a hacer la cura con la rapidez que el caso demandaba.

—Bueno—dijo Blanquet,—no hablen ustedes todos a una, porque no habrá modo de entenderse. Que uno de ustedes sea jefe y los otros ayudantes.

Así se hizo. Apenas reconocido, notando que le acometía un colapso, el médico que dirigía la cura dijo :

—¡ A él, a él, que es lo importante ! Dejad ahora la herida.

Y le pusieron cuatro inyecciones a un mismo tiempo, una en cada costado y otra en cada brazo. Joselito reaccionó.

—¿ Qué me hacen ?

Blanquet le cogió la mano.

—Es una inyección ; aguanta, hijo.

—¡ Por tu madre suéltame, que me hacen mucho daño ! ¡ Me ahogo !

Fueron sus últimas palabras.

Le cosieron la herida del vientre, pero todo era ya inútil. Nuevamente se había apoderado de él el colapso, y ya no volvió a la vida. Poco a poco se fué apagando. Blanquet seguía anhelante los movimientos de los médicos.

—¿ No vuelve ?

—¡ Ten ánimo, Blanquet !—le dijo el señor Terrón.

—¿ Qué dise usted ?

—Que esto se va, desgraciadamente.

La tremenda impresión de los individuos de la cua-

drilla y de todos los presentes no hay para qué decirlo.

El parte facultativo

Poco después de ocurrida la muerte, Sánchez Mejías rogó al médico que había redactado el parte facultativo que le entregase el original de éste, porque lo quería conservar.

El parte decía así :

«Durante la lidia del quinto toro ha ingresado en la enfermería el espada José Gómez «Gallito», con una herida penetrante en el vientre en la región inguinal derecha, con salida del epiplon, intestinos y vejiga, gran traumatismo y probable hemorragia interna, y otra herida en el tercio superior, parte exterior, del muslo derecho. Pronóstico gravísimo. — *Venancio Luque.*»

El toro que causó la desgracia

Se llamaba *Bailador*, era negro, tenía cinco años, era terciado, corto de pitones y pesaba 260 kilos; pertenecía a la ganadería de la viuda de Ortega, una cruzada de Veragua y Santa Coloma.

Esta ganadería no está asociada y según parece tampoco puede estarlo nunca, aunque se supiera que no había de producir más que toros de bandera.

Está así estatuido en la Unión de Ganaderos de toros de lidia, pues para poder ingresar en ella precisa comprar por entero una ganadería, con su antigüedad, hierro y divisa.

El primer semental de esta vacada fué un toro de don Amador García, de Salamanca, pero todas las

crías salían con «hormiguillo» y se quedaban mogones, y por eso, hará unos siete años adquirió de don Dionisio Peláez el toro *Canastillo*, del conde de Santa Coloma, que en la ganadería del señor Peláez ya había padreado tres años. De ese semental procedía *Bailador*.

La plaza de Talavera

La plaza de toros de Talavera es una de las más bonitas y artísticas de España, aunque no está terminada.

Comenzó a reedificarse la antigua en 1889, inaugurándose en septiembre de 1890, sin terminar, como decimos, con toros de don Enrique Salamanca y los matadores Fernando Gómez, *Gallo*, y Antonio Arana, *Jarana*.

Al año siguiente se dieron dos corridas, los días 25 y 26 de mayo, lidiándose en la primera cuatro toros de Salamanca por *Guerrita*, y en la segunda, cuatro de Trespalacios por *Gallo* y *Jarana*.

La plaza, en su aspecto exterior, se parece a la de Madrid. Tiene ocho tendidos, con barrera, contrabarrera, delantera y ocho filas de asientos.

Hasta la fecha, sólo se ha levantado en la parte de sombra un trozo de grada y algunos palcos al nivel de la grada.

Tiene cinco puertas de entrada.

Las dependencias son las de costumbre.

El redondel tiene un diámetro de 25 metros, y el callejón, una anchura de 1'50 metros.

Actualmente la plaza tiene cinco mil localidades.

En esta plaza se celebran muy notables corridas el 15 de mayo y el 21 de septiembre, habiendo toreado en ellas desde el gran *Guerrita* hasta los más modestos lidiadores.

Presentimientos y coincidencias

La corrida de Talavera la acogió Joselito el día de campo, y la organización se hizo entre mas y chirigotas, y nunca jamás se vió a un torero tomar el tren para ir a torear tan alegre y dicharachero como lo estaba *Gallito* la mañana del 16 mayo.

En esa excursión acompañaban al gran torero don Darío López, don Leandro Villar, don Alejandro Serrano, don José Ruiz, Paquito López, Juanito Cabello, su hermano Fernando, su cuñado Ignacio Sánchez Mejías y el revistero de *A B C*.

A las siete y minutos partía de la estación de Cáceres el tren que conducía a Joselito, los demás toreros y los amigos del gran torero.

El viaje se deslizaba tranquila y alegremente, mostrándose *Gallito* más alegre y dicharachero que nunca.

Pero al llegar a la estación de Trujillo cambió la decoración, nublando aquella sana alegría un suceso que pudo tener graves consecuencias.

Bajó Fernando el *Gallo* a comprar un pan, y un individuo que había en la cantina lo quiso impedir, diciendo que aquel pan lo había comprado él.

Replicó el torero en tono seco, y el sujeto en cuestión, insultó y quiso agredir al banderillero. Pero Joselito, que había presenciado toda la escena, saltó del coche y se interpuso entre su hermano y el sujeto desconocido. Este ofendió al espada, quien no queriendo tolerar la bravuconería de aquel hombre, le pegó una bofetada, que fué el comienzo de una riña seria, en la que Joselito no era, ciertamente, el que llevaba la peor parte.

Mediaron los amigos y se pudo poner fin a la lucha de los dos hombres.

Joselito volvió con los suyos al coche, y al arrancar el tren, oyó que el desconocido de la pelea le echó una maldición gritándole :

— ¡Hermita Dios que te mate un toro esta tarde !
— Una ráfaga de tristeza pasó por los ojos del torero, que por un momento se nublaron con la apariencia inoportuna de una lágrima ; pero sobreponiéndose en seguida volvió a renacer en su pecho la alegría de que durante todo el comienzo del viaje iba haciendo gala.

A la hora anunciada llegó a Talavera el tren que conducía a Joselito, Sánchez Mejías, los demás toreros y los amigos de *Gallito*.

Este, su hermano Fernando y su cuadrilla se trasladaron a la fonda de Europa, donde se hospedaron.

Unos jóvenes distinguidos de Talavera, que acudieron a saludar al torero, fueron invitados por José a una merienda terminada la corrida.

Pero el ave de mal agüero no podía faltar. Parecía como que el Destino se complaciera en advertir a Joselito el peligro tan tremendo a que se acercaba por momentos.

Esta vez el ave de mal agüero fué un amigo de Joselito, que al visitarle en la fonda le dijo en tono de broma :

— Ya has dado gusto a los madrileños que ayer (el sábado 15) te gritaban diciéndote « ¡ Vete a Talavera ! » Ahora lo que hace falta es que no vayas a ser tan primo que complazcas también al bárbaro aquel que te chillaba diciendo « ¡ Así te mate un toro en Talavera ! »

En honor de la verdad, y justo es confesar que le sobraba razón para ello, a Joselito le molestó la broma del amigo, y no pudo ocultar un expresivo gesto de disgusto.

— ¡ Qué mal « ange » ! — exclamó al marcharse el ave de mal agüero.

A las cuatro de la tarde se vestía el famoso para ir a torear. Era aquella la última vez hacerlo, y parecía que Joselito quería reírse de ello, pues tardó mucho más tiempo que el habitualmente ocupaba en esta operación.

Joselito se prendió al cuello dos magníficos pularios : uno de la Virgen de la Esperanza y el de Nuestro Señor del Gran Poder, por los que el diestro sentía extraordinaria veneración.

También prendió a su cuello un magnífico collar con el retrato de su pobre madre, ya fallecida, a la que adoraba el popularísimo torero.

* * *

Mientras lo vestía — ha contado su criado Pío Botas, — empezó a cantar las coplas de la muerte de *Espartero*.

—A mí me molestaba un poco esa última manía de José, que aprendió las coplas en Lima, y no dejaba de taralearlas. Conque estaba vistiéndole, y empezó con la primera estrofa, que dice :

«El veintisiete de mayo
es un día «revesero»,
que en la plaza de Madrid
un toro mató a *Espartero*.»

—¡ Hombre ! — le dije yo al matador. — ¿ Por qué no canta usted otra cosa más alegre ? ¡ También son ganas las suyas ! ...

Joselito se echó a reír y contestó :

—¿ Qué más da ? Basta que haya aprendido estas coplas en Lima, donde me ha ido tan bien ...

Y sin hacerme caso siguió cantando.

—Le jiso mucha gracia la tal copla — añade el *Camero*. — En el barco, camino de acá, en cuanto nos

, ya la estábamos cantando todos. Le ha-
mucho gracia desde que la oyó y la vió bai-
un valse o un dansón en Lima. ¿Quién iba

: usted—concluye Blanquet estremeciéndolo-
días antes del aniversario de la muerte
Espartero ha muerto él. Y como el *Espartero*, de
apso con una cogida semejante. Pa que luego

....

Y el sábado, al volver de la plaza, no manifes-
disgusto en relación con esta corrida, vista la ac-
tud que a causa de ella adoptó el público con él?—
guntamos al mozo de estoques.

—No, señor—contestó Botas. —Lo único que me
o mientras le estaba desnudando, fué :

—¿Has visto qué trabajo cuesta ganar el dinero?

—No toree usted más en Madrid—le dije yo.

—él me contestó sonriendo :

—Ya quedan pocas, Paco.

Como sucede en todos estos casos, la gente co-
mentaba las extrañas coincidencias que han ocurri-
alrededor de esta dramática corrida.

Toreros y amigos recordaban que en este mes, y
con muy pocos días de diferencia y casi en idénticas
circunstancias, murió el *Espartero*.

Se recordaba también la obsesión que tenía José
con esta corrida desde hacía días y las muchas veces
que advirtió durante la lidia el peligro que ofrecía
aquel ganado.

Su íntimo amigo don Darío López nos decía cons-
ternado :

—No sé ; no sé... Todo el día estuvo nervioso el
pobre amigo. Le ocurrió hasta una cosa que jamás
le había ocurrido. Se le soltó la faja en una de sus
faenas y tuvo necesidad de volvérsela a sujetar.

La actitud de Rafael

Su hermano Rafael llegó después de media noche junto a la plaza de toros de Talavera, y en la carretera saltó del auto. Su acompañante *Caracol* entró a dar cuenta de la llegada de Rafael. Hasta el camino salió Sánchez Mejías, que le instó para que entrase en la enfermería.

Dudó un momento Rafael, pero luego se negó a entrar, llorando desconsoladamente.

Sin cesar en sus lloros y lamentos, Rafael pidió la coleta de su hermano.

Inmediatamente se dispuso lo necesario para complacerle, procediendo a cortar la coleta al cadáver del gran lidiador.

Botas, el mozo de estoques, le hizo la trenza, y mientras *Zurito* chico sostenía la cabeza muerta, el picador *Farnesio* cortó, con pulso tembloroso, la coleta del torero más grande que ha conocido la tauromaquia.

Es de advertir que *Gallito*, conservándose fiel a la clásica tradición, era de los pocos lidiadores que usaban ya coleta.

Cuando se la estaba trenzando, *Botas*, lloroso, repitió varias veces:

—Es la última vez que le trenzo el pelo. ¡Pobrecillo! Es la última vez que le trenzo el pelo.

Rafael aun permaneció breves momentos en una huerta cercana a la carretera, frente a la plaza de toros.

Después regresó en el automóvil a Madrid, en la situación de ánimo que es de suponer, completamente abatido, como atontado.

Hablando con algunos de sus parientes Rafael les dijo:

—Me voy a Madrid a encerrarme en la fonda. No

veré a nadie. Por la noche iré a Sevilla... ¡ Allí veré por última vez a José ! ¡ Esto se ha acabao !...

La autopsia y el embalsamamiento

A la mañana siguiente, día 17, se procedió a hacer la autopsia del cadáver del infortunado torero.

Poco después el forense y los doctores Luque, Ortega y otros más hicieron el embalsamamiento del cadáver. Terminada la operación se vistió el cuerpo de Joselito con uno de sus lujosos ternos de corto y se volvió a colocar en la capilla ardiente hasta la hora de ser conducido a la estación para ser trasladado a Madrid y Sevilla.

A Madrid

A las cinco y media de la tarde de ese día llegó en tren especial a la estación de Las Delicias el cadáver de Joselito.

Se componía el tren de locomotora, un vagón y un furgón lleno de flores regaladas en Talavera y los pueblos del tránsito.

Acompañaban al cadáver el espada Saleri II y la cuadrilla de éste.

En la estación de Las Delicias era esperado el tren por un gentío inmenso, en el que figuraban los más conocidos aficionados de Madrid, entre ellos don Joaquín Menchero, gran amigo de José, que fué quien presidió el duelo.

Estaban también en la estación, Machaquito, Belmonte, Fortuna y la Junta directiva de la Asociación de Toreros, muchos diestros, la totalidad de los residentes en Madrid y la mayor parte de los revisteros de toros de los periódicos de Madrid.

El proyecto que tenía la familia era conducir el ca-

dáver por la línea de circunvalación a la estación del Mediodía, y desde allí seguir el viaje a Sevilla; pero los amigos se empeñaron en hacer la conducción del féretro a hombros, y esto produjo algún revuelo por oponerse a ello la policía.

Por fin se decidió avisar un furgón automóvil de la Unión de Pompas Fúnebres, que a paso de hombre y rodeado de gran muchedumbre le condujo al domicilio del finado, calle de Arrieta, 12.

El féretro era magnífico, de caoba, con incrustaciones de plata.

La comitiva recorrió el paseo de las Delicias, la Puerta de Atocha, el paseo del Prado, la Carrera de San Jerónimo, la Puerta del Sol y las calles del Arrenal y Arrieta.

Guardias de seguridad abrían paso.

Las calles y los balcones del tránsito estaban atestados de gente que se descubría al paso del féretro.

La calle de Arrieta tuvo que ser acordonada por una sección de guardias de a pie y a caballo y para despejar se vió obligada a dar algunas cargas.

La capilla ardiente.—Pésames.

Lo que era sala de recibir en el domicilio de José, quedó convertida en capilla ardiente.

Las paredes estaban cubiertas de paños de terciopelo negro.

Por la casa mortuoria desfilaron miles de personas de todas las clases sociales.

Don Antonio Maura oyó dos misas de las que se dijeron en la mañana del 18 en la capilla ardiente y puso a la familia, a Sevilla, este telegrama:

«Me asocio a su gran dolor por haber estimado mucho las nobles prendas que enaltecían al finado. Pésame sentidísimo.—*Maura.*»

Don Alfonso envió al conde de Heredia de Espinola para que en su nombre diera el pésame a la familia del malogrado diestro.

También muchos señores de la aristocracia y de la política enviaron su pésame sentidísimo.

El del ex sultán de Marruecos, Muley Hafid, dice así :

«Dolorosamente sorprendido por la muerte de Joselito, le envió el más sentido pésame extensivo a la familia.»

El Presidente del Consejo de Ministros don Eduardo Dato dejó una tarjeta en la casa en la que escribió : «Pésame sentidísimo».

Rafael Guerra telegrafió :

«Impresionadísimo y con verdadero sentimiento te envió mi más sentido pésame. Se acabaron los toros.—*Guerrita.*»

El telegrama de Belmonte decía así :

«Impresionadísimo por la terrible desgracia, de todo corazón me uno a vuestro dolor por la pérdida de tan buen hermano y querido compañero y amigo mío.»

Vicente Pastor :

«Como si fuera propia, siento irreparable pérdida, hermano entrañable y leal compañero.»

A millares ascendió el número de telegramas y telefonemas puestos a Sevilla y Madrid.

El entierro, en Madrid

Por la tarde fué trasladado el cadáver a la estación de Atocha, y la manifestación imponente de duelo volvió a repetirse.

A las cinco en punto se puso en movimiento la comitiva. El inmenso gentío dificultaba extraordinariamente la marcha.

A fuerza de trabajos, con gran lentitud y gracias



Retrato de Joselito muerto, en la enfermería de Talavera.



Traslación del cadáver a hombros de sus amigos al llegar a Madrid.



MADRID. El paso del cortejo por el Paseo de las Delicias.



Al pasar por la Puerta del Sol.



MADRID. Momento de agregarse a la comitiva la directiva de la Asociación de Toreros.



SEVILLA. Llegada del cadáver a la estación de Córdoba.



SEVILLA. El entierro al ponerse en marcha.



SEVILLA. Paso del cortejo por la Alameda de Hércules.

al orden que impuso con acierto la policía, mandada por el señor Maqueda, el fúnebre cortejo pudo avanzar hacia la plaza de Isabel II y calle del Arenal.

La multitud, apiñada, contemplaba en silencio el paso de la carroza que llevaba los restos del ídolo de la afición.

Los balcones de todas las calles del trayecto parecían desprenderse al peso de la gente que en ellos se apiñaba, y que al paso de la carroza arrojaba ramos de flores.

De vez en cuando, de los labios de las infinitas mujeres que presenciaban el paso del cortejo salían las frases: «¡Qué lástima! ¡Pobre muchacho, tan joven!»

Colocado el féretro en la carroza, se organizó la comitiva en la forma siguiente:

Un piquete de guardias de orden público, mandado por el comandante señor Salgado.

Cuatro landós, atestados de coronas con sentidas dedicatorias.

El coronario de la funeraria cubierto de coronas.

Ochenta toreros y aficionados, en filas de a dos, llevando cuarenta coronas más.

La carroza fúnebre tirada por ocho caballos.

La presidencia, formada por don Manuel Pineda, apoderado de Joselito; Ignacio Sánchez Mejías, Enrique Ortega y el *Cuco*, cuñados del finado; el conde de Heredia-Spínola, duque de Veragua, don Darío López, don Joaquín Menchero, don Leandro Villar, «Don Pío», Vicente Pastor y el señor Caamaño, por la Asociación de Toreros; el sacerdote señor Villasante, don Manuel Urquijo, don José Ossío, *Parrita* y don Juan Soto.

A última hora, por disposición de la autoridad, se modificó el itinerario que había de seguir el entierro del gran torero.

En su consecuencia quedó acordado que la triste

comitiva marchara desde la casa mortuoria, Arrieta, 12, por la plaza de Isabel II, calle del Arenal, Puerta del Sol, lado izquierdo, deteniéndose frente a Teléfonos, donde los socios de la Asociación de Toreros rendirían a su presidente, Joselito, el último tributo.

Después, por la calle de Alcalá, andén central del paseo del Prado a la estación de Atocha.

Cuando la carroza fúnebre llegó a la plaza de Neptuno, la comitiva, que en aquel lugar era sorprendente por su número, una dama, de riguroso luto, aunque de elegante atavío y de porte distinguido, con gran energía rompió la cadena humana que impedía el acceso, llegó junto a la presidencia del duelo, y acercándose a la carroza, depositó, silenciosa, sobre el ataúd un puñado de flores naturales.

Enjugó una lágrima y con paso vacilante tornó a marcharse entre la multitud.

Ninguno de los allí presentes supo decir el nombre de la admiradora del infortunado diestro, que quiso también rendirle público y silencioso tributo de admiración y sentimiento.

Desde las cinco de la tarde un numeroso gentío comenzó a invadir la estación del Mediodía y sus alrededores. La glorieta de Atocha era incapaz para el público que deseaba admirar el paso de la comitiva.

Frente a la entrada a los muelles, en la calle de Mendez Alvaro, millares de personas cubrían materialmente los desmontes, dando la sensación de haberse formado montañas de personas.

A lo largo del murallón de la estación los obreros de las fábricas y talleres inmediatos se habían enca ramado para satisfacer su curiosidad.

La policía y fuerzas de seguridad contenían a la multitud, que deseaba penetrar en la explanada de los muelles, donde, junto al semáforo, estaba dis-

puesto el furgón que había de llevar a Sevilla los restos del gran torero.

Era el vagón de la serie D, número 688, cuyo interior estaba cubierto con colgaduras de terciopelo negro con fleco dorado y guirnaldas de flores naturales.

Un tabíque de madera separaba el lugar en que iba el cadáver de un pequeño espacio reservado ordinariamente para el conductor del tren y que había sido habilitado para los individuos de la cuadrilla que turnaron en el velatorio del cadáver durante el viaje.

En ese furgón que conducía los restos de Joselito iban su hermano Fernando, Ignacio Sánchez Mejías, Parrita y algunos individuos de la cuadrilla.

El resto de la cuadrilla y amigos iban en el tren, y tenían el propósito de relevarse en el trayecto.

En el tren iba también hasta Sevilla, acompañando el cadáver, don Juan Soto, don José Cossío, don Manuel Pineda, el administrador y el vicepresidente de la Asociación de Toreros y «Don Pío»

En Sevilla

A las nueve y veinte del día 19 llegó el expreso, en el que venía enganchado el furgón conduciendo el cadáver de Joselito.

Los alrededores de la estación estaban ocupados por un gentío enorme. Fuerzas de la guardia civil y municipal, a caballo, acordonaban el sitio por donde había de salir la comitiva fúnebre, costándoles gran trabajo contener a la muchedumbre.

Los andenes de la estación veíanse completamente atestados, siendo punto menos que imposible dar un paso.

En una de las salas de espera se había constituido

el duelo, formado por el cura párroco de la iglesia de San Martín, el banderillero Cucó y el matador de toros Manuel Martín Vázquez, hermanos políticos de Joselito; una comisión del Casino Militar, presidida por el general de división don Luis Jordán; el ganadero don José Anastasio Martín y el notario don José María del Rey. Al desfilar ante el duelo, quedáronse, formando parte de él también, los ex toreros Antonio Fuentes, Emilio Torres, *Bomba*, el *Algabeño* y los espadas Francisco Posadas y Curro Vázquez.

Entre la concurrencia se hallaba la tercera compañía del tercer regimiento de Ingenieros, a que perteneció Joselito cuando prestó su servicio militar activo, y numerosas comisiones, entre ellas de la Hermandad de la Virgen de la Macarena, de los Clubs Gallito y Belmonte y de la Asociación de la Prensa.

El tren entró lentamente en la estación, con todos los estribos de los coches llenos de público, que también rodeaba y se agolpaba en el furgón en donde venía el cadáver. Aun hubo de pasar un largo rato hasta que pudo despejarse algo el andén para sacar el féretro.

Al pasar el convoy, el padre del banderillero *Almendro* abrazóse fuertemente a Fernández Gómez, llorando ambos amargamente.

Formóse el cortejo y se puso en marcha el entierro, camino del cementerio de San Fernando.

En todos los rostros reflejábase el sentimiento, oyéndose constantemente palabras de condolencia y viéndose a cada paso hombres y mujeres que lloraban.

Al pasar el cortejo ante el Club Gallito, en la calle del Amor de Dios, arrojaron los socios sobre el coche brazadas de rosas y claveles.

Los balcones estaban llenos de espectadores, y en una gran parte adornados con crespones tendidos.

El paso por la Alameda de Hércules fué de intensa emoción. En los balcones y azoteas, las mujeres llo-

raban ; en una fachada había un retrato de Joselito, rodeado de flores. La Macarena presentaba un aspecto imponente, por el gentío.

En la comitiva iban *Guerrita*, el marqués del Mérito, sus hijos y otros amigos, que vinieron de Córdoba para asistir al entierro.

Cerca de la una comenzó a llegar el cortejo al cementerio.

Colocado el féretro en la sala de cueros del cementerio de San Fernando, quitaba la parte superior para dejar descubiertos los restos mortales de Joselito, tras la tapa de cristal del ataúd observóse que el cadáver presentaba síntomas de descomposición. En vista de ello, el que fué apoderado del diestro, don Manuel Pineda, consultó con los individuos de su familia allí presentes para darle inmediata sepultura.

Entonces se hizo despejar de público la rotonda del cementerio y se cerraron las puertas. Seguidamente fué conducido el féretro al nicho número 6 de la calle Virgen María.

No se le pudo enterrar con su madre por impedirlo las leyes de Sanidad, por la próxima fecha del otro enterramiento, y tampoco pudo ir con su padre, porque no cabía el féretro.

El capellán del cementerio rezó un responso, y se verificó la inhumación a las dos y treinta y cinco minutos, presenciándola el notario y ex crítico taurómico don José María del Rey, el ganadero don Felipe de Pablo Romero y su hijo mayor, don José Anastasio Martín, don Emilio Santos Varela, don Manuel Pineda, don Juan Chaparro, don Aurelio Sánchez Mejías, su hermano el matador de toros Ignacio, don Domingo Ruiz, don Carlos Pickman, varios periodistas, los matadores de novillos *Angelillo* y *Rosalito*, el expicador de toros Plácido Zambrano, *Pimienta*, que perteneció a la cuadrilla del señor Fernando y era

padrino de Joselito, y todos los que pertenecieron a su cuadrilla.

La fúnebre escena arrancó copiosas lágrimas a los circustantes, que abandonaron el camposanto entre sollozos.

Y en el cementerio de San Fernando de su amada Sevilla, junto a los restos de su padre y su madre, duerme ya Joselito el eterno sueño.

El Acaso, que tuvo para él todos los mimos, y lo hizo fuerte, y lo hizo bello, y lo hizo sabio, amontonando sobre su persona las cualidades con que en otras edades forjaba los héroes, ha querido reservarle también una muerte heroica, y derrumbado como un titán, de un solo golpe, sin agonía, por el asta que representaba al herirle a la fatalidad, la vida del mancebo glorioso se ha extinguido, como debía extinguirse, en la propia arena de sus triunfos, en el esplendor de su juventud, en el apogeo del vigor y la lozanía, porque ya en su triunfal carrera no había un peldaño más que escalar.



V

Tenía Joselito, como artista, la fatalidad de dar la sensación de una tal facilidad, de un tal dominio, de tales conocimientos de su profesión, que, para el público, cuanto hiciera le parecía natural en los días de sus mayores triunfos, y poco si su labor no producía entusiasmo.

Con él no rezaba lo de los toros difíciles, lo de los toros mansos; ni para él existían los broncos, ni los nerviosos: con el que saliese de los toriles, tenía que hacerlo, ¡y desgraciado de él si no lo hacía!

Sus defectos, porque no estaba exento de ellos, se consideraban, por los que militaron en el bando opuesto, como horrendos crímenes de lesa tauromaquia, y como siempre hay una masa de opinión sin más elementos de juicio que los que le proporciona su maliciosa ignorancia para juzgar al hombre encumbrado, esa masa iba a engrosar el partido de los que, sabiendo lo que se hacen, hoy encuentran vituperable lo que ayer les parecía digno de encomio, y todas las armas les son buenas para restar méritos y concitar odios o antipatías al hombre que les molesta o les estorba.

Y a eso únicamente es achacable la injusticia que se estaba cometiendo con el más grande de los lidiadores de reses bravas de nuestros tiempos, y uno de los cuatro o seis mejores de los presentes y de los pasados.

Hagamos constar, sin embargo, que, pese a todas las campañas, Joselito seguía su camino triunfal y que en él le acompañaban los públicos que, desinteresados de las miserias de entre bastidores, van a las

plazas con el sano desco de divertirse con las biza-
rrias y alardes de valor y arte de los toreros, sin im-
portarles nada más.

Claro que esos públicos sanos tienen ya su nombre,
son la «galería», entendiéndose por «galería» toda
aquella parte de concurrencia que hace caso omiso
de las prevenciones de un crítico o varios, y se di-
vierte con lo que le divierte, y no con lo que aquéllos
ordenan y mandan que se divierta.

Pero no perdamos el tiempo en refutaciones que ya
no tienen objeto y prosigamos nuestra tarea, con un
ligero examen de lo que era en los tres tercios el li-
diador que acabamos de perder.

En el primero, Joselito toreaba a la verónica, dan-
do a cada lance, según las condiciones con que el toro
le embestía, el temple preciso, y con arreglo a la bra-
vura la salida, obligando a los mansos a coger el
capote como nadie hasta él había conseguido. Nadie,
tampoco, más derecho, más cerca ni más airoso que
Gallito toreando de capa. Había introducido una va-
riedad de la verónica, que se ha dado en llamar del
«delantal», en la que el toro no deja el vuelo del ca-
potillo, que el diestro se pasa por delante del pecho
sin estirar los brazos.

Ejecutaba muy bien la «navarra», daba el «farol»,
y no le he visto ejecutar nunca la suerte «de frente
por detrás», ni la «del costado», que si iniciaba era
para desprender en seguida una punta de la capa y
terminar con un recorte.

En quites, la variedad de los que hacía era infinita.
A la «media verónica», el quite doble y triple y aun
cuádruple; «largas» de todo género al estilo de su
hermano Rafael, «galleaba» de vez en cuando, se sa-
lía por las afueras «abanicando».

Daba el «cambio de rodillas» como su padre, o la
larga, en esa actitud que introdujo Rafael.

En el segundo tercio, su estilo, su facilidad de banderillero era enorme.

Pareaba al «quiebro» en todos los terrenos; «de frente», «al sesgo», «de poder a poder», buscando siempre las mayores dificultades por el gusto de vencerlas. Ya se ha hablado de los dos pares al quiebro puestos a un toro de Miura en Sevilla.

Cuando empezó a banderillar «de poder a poder», citando al toro desde muy largo, a veces de tercio a tercio, arrancando en ocasiones del estribo de la barrera hallándose la res en los medios, aquel encuentro matemático del hombre y la fiera, y aquellos pares clavados juntos en lo alto del morrillo, eran tenidos por un alarde tan colosal de facultades y arte, que producían el mayor entusiasmo; después siguieron produciéndolo, pero... los «clásicos» acabaron por caer en la cuenta de que el mérito no era tanto como se había supuesto, y que el buen banderillero debe «andarles» a los toros... Y Joselito les anduvo como el que más les ande... Pero...

También se le había censurado el que fuera banderillero del lado derecho nada más, cosa que en *Lagartijo* y en Fuentes nadie pareció haberse fijado... Y Joselito banderilleó por el lado izquierdo... Pero...

De «dentro a fuera», o sea con los «terrenos cambiados», había llegado a excesos de temeridad, arrancando a dos metros de los toros... En él la cosa no armó alboroto...

Guerrita se adornaba más en la preparación de la suerte; *Bombita* jugueteaba también más con el toro; Fuentes revestía el acto de cierta teatralidad... Pero más dominio, más variedad, más precisión que Joselito, no creo que ni el mismo *Guerra* la tuviera.

En cuanto a prodigar las banderillas, el caso de José es único. Más del 50 por 100 de los toros que mataba los banderilleaba, y no como «suerte del perdón», porque para ese torero no había perdón po-

sible como se deslizase en lo más mínimo. Tenía la obligación de estar en todo superior.

Hacía ya tiempo que no banderilleaba de un modo especial con que hace cuatro o cinco años sorprendió a la afición.

Ejecutaba la suerte citando al toro para el «quiebro», se pasaba sin clavar y se quedaba delante de la cara a un metro o dos de distancia, desde donde rápidamente engendraba el cuarteo para ganarle la cara al toro, con tal precisión y vista, que le permitía salir con desahogo tan grande como si el par hubiese sido iniciado al cuarteo.

En el último tercio, tenía su muleta dos grandes cualidades, la de dominar a todos los toros, sea de la índole que fueran, y la de desarrollar su trasteo pisando el terreno del toro, donde tan difícil resulta rematar los pases y correr la mano, hasta el punto de que los antiguos, si resucitaran, creerían inverosímil que eso se pudiera hacer.

Joselito toreaba por «naturales» con ambas manos de un modo admirable, y en los con la izquierda, los «naturales» por antonomasia, su ejecución era insuperable. Los «ayudados por bajo», por los dos lados, los «ayudados por alto», el de pecho, con una u otra mano, el molinete con la derecha y con la izquierda, el afarolado, todos los pases, en fin, conocidos y los adornos que la inspiración le sugería, desfilaron en sus faenas de muleta, empleados sabiamente y sin olvidar el fin de esas faenas, que es preparar el toro para la estocada.

Los pases de rodillas, los dados sentado en el estribo, el hacer pasar a la fiera agarrándole un cuerno, cuanto puede dar la impresión de una valentía y de un conocimiento aunado en un hombre, es lo que Joselito realizaba una tarde y otra, impulsado por una afición sin límites y un deseo de complacer sin precedentes.

Y llegaba el momento de matar, y ese era su flaco.

José mataba mucho, era breve; pero su estilo resultaba feo. Y como si estuviese la afición acostumbrada a ver muchos toreros que fuesen en una pieza *Mazzantini* y *Guerrita*, con *Gallito* se extremaba la censura al verle atacar con el estoque alto o el brazo suelto, entre otras razones porque se decía que de querer hubiera matado bien.

Es muy posible.

Muchas veces se le había visto ejecutar el «volapié» bastante bien, y algunas perfectamente. «Recibiendo» ha matado más toros que ningún otro diestro en estos tiempos.

He dicho repetidas veces que la suerte de matar «a volapié», si no es como recurso y, por lo tanto, empleando un tranquillo cualquiera, no está sujeta a las reglas de torear, y eso explica que los que con más facilidad la han practicado hayan sido siempre los toreros más torpes, y que cuando esos toreros han aprendido a torear hayan flojeado bastante como matadores. En el «volapié» el diestro ataca y la fiera está a la defensiva, que es precisamente todo lo contrario de lo que el arte taurómico tiene por norma. Desde el momento que el matador acomete, no sabe ya lo que puede pasar, y sería mucho exigir que un torero con conocimiento cabal de su oficio se jugara al azar la vida sabiendo a ciencia cierta que se la juega.

Está bien que eso lo haga el que si no lo hiciera no podría vestir de luces.

Todos los grandes toreros han recorrido a un tranquillo u otro en el momento supremo, y Joselito no era una excepción.

En cuanto a la estocada «recibiendo», que esa sí que entra de lleno en las normas del toreo, y que yo creo que *Gallito* habría llegado a dominar, a él mismo le he oído decir que dejó de practicarla porque, dada la poca seguridad que hay para la colocación de

los estoques, «con lo que me exige el público, me matarían si atravesase los toros o pinchara bajo».

Conocimiento mayor de las reses, saber mejor la clase de lidia que requerían, sacar de ellas todo el partido que era posible, nadie como José lo ha demostrado en estos últimos tiempos, y es poco probable que haya habido antes quien en eso le aventajase y quizás ni siquiera le igualase.

Y lo pasmoso en este torero es que toda esa ciencia la puso de manifiesto desde que, todavía un adolescente, se presentó en las plazas.

Por eso asombró desde un principio a los aficionados, por su colocación en el ruedo, y se impuso a todos sus compañeros, aun a los que llevaban veinte años toreando, que lo respetaban y atendían en la plaza, dejándole que asumiera la dirección de la lidia, aun en las corridas que figuraba como segundo o tercer espada.

De ahí también, de su inmejorable colocación, de sus grandes conocimientos de los instintos y querencias de las reses, que su capote fuese una providencia para sus compañeros, que estando él junto a ellos podían, con grandes probabilidades de inmunidad, aventurarse a riesgos que gracias a Joselito el Gallo no lo eran tanto.

Para los que en vida le persiguieron con una saña en la que una gran parte del público los siguió incauta y torpemente, en José se reducía todo a poseer enormes «facultades», y tan sólo con vigor y ligereza dominaba la situación.

Efectivamente, sus facultades eran enormes, tanto como su inteligencia, como su afición, como su amor propio, como su voluntad, y la reunión de todo eso es lo que hacía de él un coloso.

Como en la arena quería ser siempre el número uno en todo, los aficionados pudieron ver en él como poco a poco fué ampliando y mejorando su reperto-

rio, lo mismo en el toreo de capa, que banderilleando, que con la muleta. Especialmente en los lances a la verónica, que en los comienzos eran su flaco, acabó por ejecutarlos tan elegantes, artísticos, quietos y perfectos, en una palabra, como el que más lo hiciese, con la particularidad de que eran muy pocos los toros, por abantos o huídos que saliesen, a los que él no obligase a tomar el capote primero y luego les torear a su sabor.

Suerte en que otro diestro sobresaliese, suerte en que demostraba que el sobresaliente era él, así que se hallaba con el especialista. En la plaza no tenía amigos ni parientes. El que le disputase los aplausos había de ganarlos en buena lid, como en buena lid terminaba él siempre por triunfar, del valiente con valentía, del artista con arte, del inteligente con inteligencia.

Del día en que le confirmó la alternativa a Sánchez Mejías en Madrid, me decía éste después: «El que se presentaba en aquella plaza por primera vez, parecía él y no yo. Desde el primer quite, en que hizo ver al público con qué suavidad se podía torear a un toro que a mí me había hecho rematar los lances algo atropellado, hasta que cortó la oreja del primero que mató, lo dicho: parecía que era él el que se presentaba en Madrid y el que iba por el cartel.»

¡Y así todas las tardes, en que alguien quería hombrearse a su lado!

¿Soberbia?... ¡Afición, pundonor, conciencia de lo que era, de lo que valía; respeto al público y a sí mismo!

Con la muleta su dominio era tanto, su maestría tal, que para él no había toro manso, bronco, nervioso ni difícil. Al criminal más criminal al cuarto pase lo tenía reducido y convertido en un dócil instrumento de su arte, con el que todo cuanto se le antojaba podía ejecutar.

He hablado en otro lugar de cierto toro de Miura que le vi torear veinte días antes de su muerte en la plaza Monumental de Sevilla ; ya he dicho allí que se trataba de un verdadero miureño con mucho nervio, con mucha fuerza, con mucho sentido y un mozo ; pues de ese «mozo» al cuarto pase se había adueñado el formidable torero, no tan sólo con el saber, sino también con mil arrobas de valentía, dándole el parón en cada una de sus desconcertantes acometidas, aguantándole de un modo que daba escalofríos ; y cogido el cuerno por la cepa y de rodillas, José le dió el quinto pase, y el séptimo y el octavo, y todos, metido entre los pitones, hasta que lo tumbó de una bonísima estocada, atacando bravamente en tablas.

¿Qué aficionado de estos tiempos no le ha visto repetir la proeza una tarde y otra ?

La gran masa del público no se enteraba siquiera de las dificultades que esos toros ofrecían, y aun pensaban muchos que no había para él toros que las ofreciesen ; por eso cuando en alguna ocasión, rarísima en su vida torera, tropezó Joselito con alguna res absolutamente irreductible, los más achacaron al diestro la culpa de su poco lucimiento, porque era cosa decidida que él había de estar siempre superior, «ya que podía con todos los toros».

Críticos unas veces apasionados, otras tendenciosos, habían imbuido a la afición erróneas teorías respecto al toreo, haciendo creer a los hombres de buena fe que *Gallito* no exponía, que era un «ventajista», y se le censuraba acerbamente que en sus faenas de muleta predominasen los pases con la derecha y los adornos.

La injusticia es manifiesta. De todos los toreros contemporáneos, Joselito el *Gallo* es el que más ha toreado con la izquierda en primer lugar, sobre todo al natural ; en segundo esas faenas largas que el público pedía, que deseaba, que lo enloquecían, no

son posibles sino con la derecha, en la mayoría de los toros, pues para torearlos al natural y de pecho repetidas veces, precisarían de una bravura, de un temple que muy raros conservan en el último tercio, toda vez que en esos pases «han de pasar» siempre y pronto se cansan, se aburren o se desengañan; mientras que con la derecha, intercalando desplantes, haciendo una parte de la faena por la cara, la res no sufre igual fatiga y es posible prolongar el muleteo, que es lo que el público exige.

Ya he dicho antes que ese público que va a los toros sin prejuicios y a divertirse se llama «galería», lo llaman los «buenos aficionados» «galería» y también me parece haber dejado consignado que en muchísimos momentos tengo a honra formar parte de ella.

A mí, si de la fiesta de los toros se quita la vistosidad, la alegría, el arte en la apostura y en el alarde, la gracia, no encuentro que le quede nada más; y hoy, como hace treinta años, ciertos detalles que pueden tener un alto valor profesional, ni me importan ni creo que le deban importar al aficionado, entendiéndolo por tal al del tendido, que ve con ojos de espectador los lances y no con ojos de torero.

Pues bien; Joselito, además de ser el diestro que más prodigaba los pases naturales propiamente dichos, toreaba con la derecha soberbiamente y con ella ha realizado estupendísimas faenas, que para valerle la unánime aprobación de los que la presenciaban sólo faltaban un uno por mil de votos, dándose el caso de que, como ocurrió el 6 de mayo de 1920 en Barcelona, cortara José las dos orejas y el rabo de los toros tercero y quinto, y hubiese aficionados, claro que de los «buenos», que saliesen de la plaza Monumental indignados contra el diestro por las «marrachadas» que había llevado a cabo.

¡ A esos extremos había llegado el apasionamiento con el malogrado gran maestro !

Es posible que también yo ponga pasión al escribir estas líneas, en que he querido, más que emitir un juicio, dar una opinión, que resumiré en breves palabras.

Magnífico en el primer tercio, el mejor en el segundo, magno en la primera parte del tercero, y matador pronto, pero empleando un tranquilo demasiado visible, ¿ no se puede considerar como un torero inmenso a este muchacho de veinticinco años que todo lo sabía y todo lo dominaba ?

Con Joselito se repetía el caso de lo que con *Guerrita* ocurría ; pero mucho más acentuado.

¿ Por las mismas causas ?

No todas, por lo menos, son iguales.

Desde luego, a uno y a otro el haber llegado a la cumbre les concitó la enemiga de esa parte de la opinión que no sufre de buen grado que se arrellane en lo alto el que ella misma ha elevado ; persistir en el acatamiento es algo superior a las fuerzas de la veleidosa humanidad, que en su inquietud, en su afán de mudanza, crea ídolos hoy por el gusto de derribarlos mañana.

Joselito, declarado el resumen y compendio del saber taurómico, o había de superarse constantemente, lo cual equivalía a suponer ilimitada en él una facultad que está en todos los hombres limitada, o había que dejarlo a un lado, como si no existiese, como un ser inactual ; y como con esto él no se hubiese conformado, ni lo otro era posible, de ahí esa situación anómala del gran torero con respecto a los públicos que, mal aconsejados ahora como siempre, abandonan el pájaro en mano para irse tras los dos volando.

En treinta y ocho años de escribir de toros, que hacen de mí ¡ oh tristeza ! el decano de los que al

presente a estos menesteres se dedican en toda España, he visto a las gentes amargarse las horas de placer unas veces porque *Lagartijo* daba el *paso atrás*; otras porque *Frascuelo* salía *por la cara*; más tarde porque *Guerrita* *arrancaba a matar con toda velocidad*, etc., etc., persiguiendo constantemente una perfección que repasando la historia del toreo no he podido descubrir diestro alguno que la poseyera.

Y es que en el fondo no se persigue esa perfección. Lo que se persigue es muy difícil de averiguar, porque la psicología de las multitudes es una cosa complejísima. ¡No tanto la de los malos pastores de esas multitudes!

Por fortuna, hay que consignarlo, a las plazas suele ir mucho público por el sólo gusto de pasar un rato agradable, y aunque ese público forme la despectivamente llamada *galería*, en él reside el sentimiento de equidad y justicia que la pasión suele borrar en los «buenos aficionados», en esos «buenos aficionados» que el lunes 17 de mayo de 1920 ya empezaron a reconocer que con la muerte de Joselito el «Gallo» había sufrido golpe tan rudísimo la afición que mucho tardaría en reponerse de él.

Fué preciso que el toro *Bailador* acertase en su cornada a herir de muerte al «ventajista», al «Llapisera», al «exigente», al «soberbio», al que «no se arrimaba», para que los «buenos aficionados» se reconciliasen con la verdad y confesasen que con el Gallito se marchaba el sostén más firme de las corridas de toros y el único que nos divertía a los aficionados.

¡Era hora de que la verdad se impusiera!

Montes, *Guerrita*, *Gallito*, en una misma cuerda, bien puede afirmarse que han puesto los jalones por donde la tauromaquia ha seguido y habrá de seguir en su marcha progresiva hacia una perfección de la

que estamos casi a su alcance, aunque otra cosa supongan los que, engañados por el recuerdo, se empeñan en creer el espectáculo favorito de los españoles en decadencia.

VI

Sobre *Gallito* pesaba una leyenda que yo me atrevería a afirmar que estaba poco conforme con la realidad.

Gallito no era seguramente como lo pintaban los que no tenían bastante con combatirlo como torero y acudían a la vida privada por concitarle los odios y antipatías de que antes he hablado.

No he conocido de la vida íntima del gran torero otros detalles que los que sobresalían a la superficie, y si de las malas acciones que se le imputaban el 90 por 100 no tienen otro valor que el de hablillas y cuentos, en los que nada se precisa ni concreta, en cambio, de sus buenas acciones la certidumbre es exacta.

José era siempre el primero, por no decir el único, en acudir a todas las necesidades de sus amigos y compañeros, y ahí está la serie de beneficios organizados por él en favor de los toreros y familias de éstos en casos de desgracia, que confirman lo que digo.

En busca de Joselito iban los principiantes, y siempre que había modo de complacerlos Joselito hacía valer su influencia con las empresas para ayudar a los torerillos, a trueque de que le llamasen luego «exigente».

Porque eso de las exigencias de Joselito el *Gallo* es una de las cosas que más gracia han tenido.

En primer lugar *exigía* por torear un dinero que era el mismo que Juan Belmonte cobra, 8,000 pesetas por corrida en que hubiese de matar dos toros y en proporción en el caso de estoquear tres. ¿Y por qué cobrando eso no tenía José tema libre, como tampoco Juan?

Sencillamente, porque las empresas sabían y saben que con José y Juan el buen éxito está asegurado.

¿No está, pues, justificado que Joselito pidiese una parte proporcional de los beneficios que con su cartel reportaba a los empresarios?

Como antes pudo decir *Guerrita*, José afirmaba, y tenía razón, que él era el torero más barato, puesto que llenaba las plazas.

¡A qué no se someterían ahora algunos empresarios de los que le llamaron «exigente» por tenerlo vivo y que pudiera pedirles cosas!

Además de dinero, se susurraba duramente a *Galilito* que pidiese determinados toros, sin tener en cuenta que el gran torero de Gelves, como todos los que han sabido torear, han preferido siempre las reses de casta brava y noble, porque con ellas el lucimiento es más probable.

En eso Joselito no hacía más, y acaso mucho menos, como por anteriores estadísticas se ha probado, que lo que en todos tiempos han venido haciendo los lidiadores más sobresalientes.

Lo franco de su carácter le hacía contraer compromisos, que luego ponía gran empeño en cumplir; pero como no siempre podía, los que quedaban defraudados se creían desatendidos, y ellos eran los que aumentaban el coro de los difamadores. Todo por hallarse constantemente propenso a servir y a escuchar a cuantos se le acercaban.

¡Que eran miles!

Arbitro del toreo, a él acudían compañeros, empresarios, ganaderos, corporaciones, siempre en solicitud de algo: dificultades que allanar, resistencias que vencer, malas interpretaciones que aclarar, intransigencias que reducir, injusticias que reparar, y en todo intervenía con inmejorables deseos, poniendo de relieve su habilidad diplomática, pasmosa en un

chiquillo, como también su buen sentido y su clarísima inteligencia.

No había conflicto que él no solucionase ni problema taurómico que no resolviere. Formal, serio, así como respetaba a todos, le agradaba ser respetado, y cuando las circunstancias lo exigían sabía imponerse.

Cuantas veces, al verle rodeado de gentes que unas con sus adulaciones, otras con sus halagos, diríase que le hacían vivir una vida alejada de toda realidad, encontraba yo extraordinario que supiese abstraerse a ese ambiente y se mantuviese siempre en su puesto, sin que un alarde ni una jactancia vinieran a afear aquel carácter, que me atrevo a decirlo, aun que se trate de un torero, fué un privilegiado de la Naturaleza, que en él se recreó para hacer un hombre tipo.

José Delgado, *Pepehillo*, les había puesto el veto a los toros castellanos; del famoso diestro Francisco Montes, *Paquiro*, anda impreso por ahí un documento auténtico en el que el gran maestro de Chiclana afirma haber toreado muchas reses de tres años y ser las de esa edad de lidia; *Lagartijo* y *Frascueto* preferían las ganaderías andaluzas a las de Colmenar. Y si Salvador lidiaba muchos toros de don Vicente Martínez, fué cuando con dicho ganadero contrajo una gran amistad; *Guerrita* no quería verlos; *Bombita* y *Machaquito* propusieron la de honorarios dobles las tardes en que se jugaban bichos de Miura...

El toro grande, duro y difícil, pues, no ha sido nunca el favorito del lidiador, digan lo que quieran los que se figuran que eran otra casta de hombres los que al oficio de torero se dedicaban en otra época.

Joselito no los apetecía tampoco esos toros con tipo, fuerza y bromos, ni Belmonte, ni Gaona, ni nadie...

De *Guerrita* se dijo que había hecho que los ganaderos achicaran los toros, y como dato curioso referente a este diestro, quiero apuntar que de 27 que en su vida torera mató recibiendo, 15 fueron del marqués del Saltillo (hoy de don Félix Moreno Ardanuy), con lo cual queda demostrado que las reses de casta brava y suave no son las preferidas por los buenos toreros porque con ellas se expongan menos, sino porque se prestan mejor a la ejecución de suertes con que complacer a la afición, pues lo mismo *Guerrita* que *Gallito*, sabido es que con todas podían y de todas sacaban el partido posible.

Como se ve, pues, las «exigencias» de Joselito se reducían, en la mayoría de los casos, a proteger a los principiantes y postergados, a pedir de las empresas lo que era de justicia que le pagasen, y a torrear con más gusto toros de ganaderías suaves que de vacadas duras.

¡Lo mismo que todos!

No era mi amistad con él tan estrecha, aunque sí muy leal y sincera, para que pueda juzgarle como hombre con un acierto cabal; pero en el tiempo que le he tratado, aunque haya sido siempre de un modo superficial, he podido darme cuenta de su afabilidad, de su corrección, de su complacencia y, sobre todo, de su discreción y buen sentido, muy digno de notarse en un muchacho, mimado por la fortuna, que, lejos de engreirse, en todas sus palabras se mostraba modesto y era con todos afectuoso.

Su afición predilecta eran los toros, y en cualquier circunstancia era torero siempre.

Como torero vestía, como torero hablaba y como torero vivía.

No se había puesto todavía una corbata: el cuello de cuatro botones y nada más. Tampoco había usado otro sombrero que el ancho, ni más prenda de abrigo

en invierno que la capa en la ciudad y el chaquetón en el campo.

He dicho antes que no se había puesto jamás una corbata, y hay un retrato por ahí en que la ostenta. Un retrato hecho en la Habana, porque sin duda fuera de España no quiso el gran torero chocar con las costumbres y hábitos de otras tierras.

También en Lima se la puso alguna vez, y lo que es más, un sombrerito de paja substituyó al flamenco de alas anchas que era en él el corriente.

Y es que Joselito, aunque satisfecho de su popularidad, no gustaba de llamar la atención y era refractario a exhibiciones.

Ocasiones hubo en que se tuvo que doler de esa popularidad, pues debido a ella, a él le estaban vedados actos en que el incógnito es de todo punto indispensable.

¿Qué paso daría José en Sevilla, Madrid, Valencia, Barcelona, etc., que pudiese quedar oculto, que pasase inadvertido?

No era aficionado a alhajas y mucho a caballos y a la caza.

Su conversación predilecta era la de toros; y hablando de eso que tanto dominaba, atendía a sus interlocutores; no se molestaba porque le llevasen la contraria y jamás tenía gesto ni palabra en que se revelase impaciencia ni disgusto.

Escuchaba, replicaba con razones siempre acertadas, y era para él una satisfacción grande coincidir en opinión con la persona que discutía; pero ni aun en los momentos de más calor oí de sus labios una palabra indecente o gruesa siquiera, una interjección que no fuese decorosa.

Las faenas del campo le entusiasmaban, y en invierno se pasaba las semanas y los meses en las dehesas derribando reses, en los tentaderos, toreando don-

de había oportunidad, y eso explica su gran conocimiento del ganado.

Cuando empezaba la temporada conocía una por una las reses de la mayoría de vacadas y sabía qué criador tenía las corridas en mejor y peor estado para la lidia.

Pensó en ser ganadero, él mismo, y adquirió la vacada de Benjumea con ese objeto, pero ocurrió al poco de comprarla la muerte de su madre, y esa desgracia le hizo desistir de su idea, por lo cual vendió vacas y toros el pasado año, para no verse ligado a permanecer en Sevilla los inviernos y poder aceptar, si le convenían, contratos como el que le llevó al Perú.

Sus aficiones predilectas al toreo y al campo no excluían otras, y como hombre inteligente y que se hacía cargo de las necesidades de la vida, procuraba ampliar su instrucción y no perdonaba medio para ello, sin caer en extremos ridículos.

Se expresaba con corrección, y no recuerdo haberle oído jamás una baladronada de esas que son frecuentes no tan sólo entre toreros, sino en los hombres de todas las clases sociales en Andalucía y donde no es Andalucía.

Tenía cierto gracejo al hablar, la voz un poco gangosa y chillona y conocía muy bien el arte de escuchar.

Cuando el tema de la conversación eran los toros, daba gusto oírle. Con alta idea de sus méritos y muy celoso de su nombre, en las discusiones parecía olvidar todo lo que él significaba y representaba en el toreo, y en sus réplicas nunca perdía los estribos, aun cuando oyera una majadería o una atrocidad.

Desde luego, puede afirmarse que Joselito el Gallo, como todos los hombres que se han destacado de un modo tan sobresaliente, poseía una fuerza de voluntad realmente extraordinaria, de la que, todavía un chiquillo, dió pruebas hasta un extremo inverosímil.

El sabía que para ser torero era preciso tener fuerza, vigor ; y que la fuerza y el vigor se pierden con la excesiva frecuencia de los sacrificios a Venus, y abstenido de ellos pasaba durante los meses de temporada, teniendo a veces que vencer tentaciones que únicamente con su voluntad de hierro era posible.

En los comienzos de la temporada de 1918, salió de Barcelona el 20 de marzo para darle la alternativa en Madrid al día siguiente a José Flores, *Camará*, y los amigos que fuimos a despedirle a la hora del expreso al Apeadero del Paseo de Gracia, le vimos llegar segundos antes de arrancar el tren, que ya temíamos que perdiese. Los que estaban enterados de sus pasos, dijeron que seguramente se había entretenido con determinada dama que le invitó a tomar el te en su quinta de San Gervasio.

Dos días después de esto se hallaba José de regreso en Barcelona y a eso de las doce de la mañana fui a verlo y lo encontré echado en la cama y haciéndole compañía su apoderado Manolito Pineda.

Se excusó por recibirme así, y por las bromas de Pineda comprendí que el cansancio del diestro no se lo ocasionaba el ajetreo profesional, sino otros ajetreos, y más habiendo oído hablar por aquellos días de una aventurilla en la que figuraba como protagonista cierta bailadora flamenca, que decidida, por lo visto, a que el diablo se la llevase en coche, eligió por cochero a Joselito.

—Pero, hombre, José — le dije yo entonces : — siguiendo así, y como la gente se entere, va usted a estropear esa leyenda de que pensando constantemente en el toro, a él sacrifica todos los otros goces y placeres.

—Ahora—me contestó el gran torero con aquella sinceridad nunca desmentida,—ahora sí me permito estos lujos, porque me siento fuerte y sé que domino a los toros... ; pero antes... antes eso que cuentan es

verdad... y como he sido siempre robusto y sano, y la Naturaleza exigía lo suyo, para evitar que durmiendo me ocurriese lo que despierto ya me cuidaba yo de que no pasase, me ataba un hilo un poco apretado que me lastimaba tan pronto como sufría alteración aquello a que estaba atado, y el dolor me despertaba, con lo cual y un poco de agua fría todo volvía a la normalidad.

En el despacho del propio Manolito Pineda, en Sevilla, este año, por feria, y hallándose presentes los estimados compañeros el *Barquero*, «Don Pío» y *Azares*, Fernando el *Gallo*, José María Pinillo y algún otro amigo, recordé la confesión a Joselito y Joselito la confirmó.

Mil otras anécdotas que son una confirmación de lo precedente podría ahora repetir; pero basta para mi objeto lo que queda apuntado en que se pone de manifiesto hasta qué punto era para él «serio», como decía, eso del toreo.

¡Que un muchacho a los diez y siete, a los diez y ocho, a los veinte, a los veintidós años, tenga fuerza de voluntad para reprimir, para contener ímpetus tan vehementes y al propio tiempo tan naturales, lo encuentro tan fuera de lo ordinario, que para dar idea de lo que era ese carácter no he titubeado en hacer esta referencia, en la que salen a la luz intimidades que siempre he creído que debían respetarse.

Unase esa voluntad de hierro a una inteligencia muy viva, a una sensatez, a una cordura, a un buen sentido, que asombraba a cuantos le trataban, y que oyéndole hablar hacía olvidar que era un niño el que se estaba escuchando; y aplíquense todo este cúmulo de cualidades al torero, con más una afición sin límites, un amor exagerado a la profesión, y eso explicará que en edad que otros comienzan a dar los primeros pasos por el camino de la gloria, se hallase él ya reposando en la cúspide de ella, y que a los veinti-

ticinco años haya desaparecido, después de haber pasado la esponja de sus triunfos por todas las páginas triunfales que en la historia de la tauromaquia escribieron con sus proezas los más grandes maestros.

¡ Torero, torero, torero !...

Diríase que la Fatalidad cuidó de que no fuera otra cosa, segando en flor una vida que acaso en otras actividades hubiera podido dar sus frutos.

¿ Y qué hay en ello de malo ?

El arte, el saber, la maestría de Joselito el *Gallo*, ¿ podían acabar en un final burgués, como ha sido el de otros diestros ? ¿ No merecía José esa apoteosis sin precedentes, que sólo una muerte heroica y triunfal podía proporcionarle ?

¡ Respetemos los designios de quien todo lo puede !

El que no quería ser más que torero, justo era que muriere como tal, en la plaza, llevando el traje de luces... ¡ Piénsese en Napoleón muerto en Santa Elena y en Napoleón muerto en Waterloo al frente de sus huestes !

Yo creo que tardaré largo tiempo en consolarme por la pérdida del amigo, pero eso no es obstáculo para que me parezca que con su muerte ha logrado el artista gloria inmarcesible, no empañada por ninguna de las miserias, torpezas, y hasta ridiculeces que un largo vivir trae consigo.

Pero sigamos hablando del hombre.

De ese buen sentido y de ese sentido práctico de que antes he hecho mención, he sido testigo de una prueba.

Hallábame yo cierto día hablando con él en una habitación del Hotel de Oriente de Barcelona, del que es administrador el señor Bravila, el cual, como cuantos lo conocían a fondo, adoraba a José, y vino a interrumpirnos su pariente y hombre de confianza Antonio Parra, que le presentaba la cuenta del hotel.

Fijóse en ella José y en seguida le preguntó a Parrita :

—¿Tú sabes francés?

—Yo, no—respondió Antofito.

—Entonces, cuando yo te diga ¿esto qué significa?—y señalaba una línea,—¿qué me contestarás tú?

—Yo... náa... Pues si no sé...

—Entonces, anda, dile a Branvila que te ponga todo esto en español, que es la lengua que tú y yo hablamos y conocemos.

Le recordaba, días después de la muerte, al propio don José Branvila, esta anécdota, y el cariñoso y buen amigo que por Joselito el *Gallo* sentía un afecto, una estimación y hasta una admiración sin límites, no al torero, sino al hombre, con lágrimas en los ojos me decía :

—Como ese, le podría a usted referir detalles reveladores del gran talento de José, pues me cabe la satisfacción de haber gozado de su confianza y yo soy depositario de secretos íntimos de su vida en los que la honradez, la nobleza y la entereza de su carácter quedan de manifiesto...

Calló un momento el simpático y dolorido amigo y añadió luego :

—Puede usted afirmar, que yo que lo he conocido a fondo, aseguro que pocos hombres como él tan bondadosos y leales he tratado; y lo repito, sé a qué atenerme, pues han sido muchas las noches en que él acostado y yo sentado a los pies de su cama, ha amanecido, en conversación ambos, sobre cosas, hechos y proyectos, en los que nunca asomó más que aquello que me lo hizo tan querido y hoy hace que tanto lo sienta. ¡Pobre Joselito! Si las gentes lo hubieran podido apreciar como yo, en todo lo que valía, no le habrían amargado la vida tantas injusticias. Con él he perdido a un verdadero amigo.

Y como Branvila, hablan de él cuantos tuvieron ocasión de tratarle con alguna intimidad.

Así he oído hablar a don Emilio Junoy, que le quiso de veras y lo ha sentido como a un miembro de su familia ; así a José María Pinillo ; así a *Franqueza* ; así a todos.

¡ Era un torero inconmensurable ; pero el hombre valía tanto como el torero !

.....

A su hermano Rafael, cuando se retiró del toreo, le ofreció 2,000 pesetas mensuales mientras él, Jose-lito, toreade, y 1,000 cuando se quitase de los toros.

Como a Rafael, o a los que le rodean, eso le pareciese insuficiente y quisiese volver a torear, José se negaba a actuar en las mismas plazas que su hermano, porque creía, y yo con él, que hacer lo contrario sería declararse cómplice de la falta de formalidad de aquél y dar pie a que la gente dijese que se habían confabulado los dos para explotar al público simulando despedidas.

* * *

Después de su muerte ha circulado la noticia de que se hallaba en relaciones con una señorita sevillana, pero nada de esto se conocía con anterioridad.

Su amigo íntimo don Francisco Urzáis, ha dado en sus conversaciones algunos detalles íntimos de la vida del gran torero.

Ha manifestado que Joselito estaba enamorado de la hija de don Felipe de Pablo Romero. Parece que en sus comienzos estos amores tropezaron con alguna oposición por parte de la familia de la novia ; pero ésta, enamoradísima también del torero, logró conven-

cer a su familia, venciendo su resistencia, y últimamente habían desaparecido todas las dificultades.

Gallito pensaba retirarse del toreo dentro de cuatro años, acabando su vida torera en Zaragoza, lo mismo que lo hizo *Guerrita*, sin anuncios previos, para contraer matrimonio con la hija del señor de Pablo Romero.

Agrega don Francisco Urzáis que Joselito le dijo recientemente :

—Cuando un año, por las fiestas del Pilar, vea usted que le brindo un toro, prepare un buen regalo. Aquél será el último toro que estoquee en mi vida.

Y terminó diciendo :

—Esto sucederá dentro de cuatro años. Entonces me casaré.

* * *

Del concepto que de él tenían formado sus compañeros como maestro en el arte de lidiar de reses bravas, da idea esta anécdota :

No hace mucho recordaba Vicente Pastor que él, que no va nunca de espectador a los toros por lo mucho que sufre viéndolos a todos cogidos, iba tranquilamente a ver torear a Joselito ; y como éste una vez, creo que al día siguiente de matar en Madrid, él solo, aquellos siete toros de Martínez, le dijese al encontrarse en la calle :

—¿No desía usted que no iba nunca a los toros? Pues ayer le vi a usted en la plasa.

—¡ Toma !—respondió Vicente ;— a verte a ti ; mira, qué gracia ; como que contigo estoy tranquilo, porque sé que no hay toro que te coja.

* * *

Y de la verdad de sus exigencias, esta otra anécdota dice mucho :

Durante el viaje a Talavera, precisamente, habló Joselito de la corrida de Albaserrada, que no se pudo lidiar en Madrid el día 15 de mayo, que había pedido José para el 17.

—¿Pero cómo se va a lidiar el 17 una corrida que no se pudo lidiar el 15?—le preguntó uno de sus compañeros de viaje.

—Pues porque me han dicho que no se lidia por mí, porque los toros son grandes, y se la he pedido a la Empresa para que vea el público dos cosas : que por mí no dejó de lidiarse, y que los toros no son grandes.

A propósito de la corrida de Albaserrada, se dijo que era corta de pitones y se comentó el que los públicos se fijaran en esto para rechazar o admitir un toro.

Joselito dijo entonces :

—Se desechan los toros cornicortos, esos que se llaman de poco respeto en la cabeza, porque cree la gente que no son peligrosos, que no pueden dar una cornada, y es lo contrario : esos toros cornicortos son más certeros, y rara vez enganchan sin herir.

Cuando así hablaba José, con esa seguridad y experiencia que le había dado su profesión, no sospechaba que un toro cornicorto, de esos certeros que él decía, había de matarle unas horas más tarde.

* * *

Hablando de la muerte de *Gallito*, decía *Guerrita* que se habían terminado en España los buenos e inteligentes toreros.

Cree *Guerrita* que la muerte de Joselito hará que se retraigan infinidad de buenos aficionados.

—Ahora apreciaremos lo que valía—dice *Guerrita*, —ahora que falta, y lo recordaremos en todas las co-

rridas, cuando no veamos arte y estemos aburridos y sobresaltados por la ignorancia de los que torear.

* * *

¡ Pobre Joselito !

Yo que le estimé como amigo tanto como le admiré como supremo artista, y que la noticia de su muerte me ha producido un dolor tan hondo que de él no quiero hablar por temor de que pueda haber quien no lo comprenda, ya desaparecido creo envidiable su fin, porque creo en la gloria, y era preciso, para que la suya fuese insuperable, que ese tuviese el más grande de los toreros que han existido y tal vez el mayor de los que puedan existir.

FIN





SALVADOR, de la plaza de Ortega, que ocasionó la muerte
del gran lidiador



1800

1850

1900

1950

2000

2050

2100

2150

2200

2250

2300

2350

2400

2450

